

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N.º 436.

SUMARIO.

El general Benedek; grabado. — Revista española. — El pez. — En el album de una niña de quince años. — Costumbres orientales. — Dibujos de Roma; grabados. — Exposición de la lotería á beneficio de los inundados en la Haya; grabado. — Revista de Paris. — Recuerdos de viaje. — Exposición de pinturas de 1861; grabados. — Una historia inglesa. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Juana d'Arc. — Revista de la moda. — Los salmones del Rhin; grabados:

El general Benedek.

El general austriaco Luis de Benedek, cuyo retrato damos en esta página, nació en Oedenburg (Hungria) en 1804. Benedek fué quien en 1846 reprimió la insurrección de la Gallitzia. En 1847 sirvió en Italia y se distinguió en las jornadas de Mortara y de Novara. Este general mandaba 60,000 austriacos en la batalla de San Martino, que tuvo lugar al otro lado de los cerros, mientras los franceses ganaban la batalla de Solferino. Hoy Benedek es general en jefe del ejército austriaco en el Veneto.

Revista española.

Asuntos de conversacion. — La paz y la prosperidad. — Baile de trajes en el palacio de los duques de Medinaceli. — Comparsa del Quijote. — Aranjuez. — El jardín de la Isla y el del Príncipe. — La vida que se hace en el Real Sitio. — Aniversario de la muerte de Cervantes. — Funcion religiosa y funcion teatral. — Un aborto de la poesia. — Teatros: comedias y zarzuelas nuevas. — Libros — Cuentos y fábulas de Hartzenbusch. — Fábulas de Agustin Príncipe. — Dos epigramas del mismo. — Promesas de libros y folletos hispano-americanos. — Una anécdota del torero Cúchares.



EL GENERAL BENEDEK.

zuelas nuevas. — Libros — Cuentos y fábulas de Hartzenbusch. — Fábulas de Agustin Príncipe. — Dos epigramas del mismo. — Promesas de libros y folletos hispano-americanos. — Una anécdota del torero Cúchares.

Cuatro han sido este mes los grandes acontecimientos que han servido de asunto á las conversaciones madrileñas, el baile de trajes en el palacio de los duques de Medinaceli, la anexión de la isla de Santo Domingo, las mañanas y las tardes de Aranjuez, y la conmemoracion de la muerte del inmortal Cervantes.

Madrid se anima por momentos y tiene aspiraciones de lo que es, de una corte en toda regla. Mientras que el municipio por un lado se esmera en aumentar el ornato de las calles, la belleza de los paseos, mientras que proyecta honrar á algunos de los personajes célebres de la historia de España erigiéndoles estatuas, el público queriendo mostrarse digno de estas mercedes, se esfuerza á su vez en salir de su acostumbrada apatía, y no pueden imaginarse mis queridos lectores americanos cómo ha cambiado de poco tiempo á esta parte la fisonomía de la corte española. La aristocracia ha inaugurado las grandes fiestas, los paseos ostentan un lujo que bajo otra forma comienza á introducirse en los palacios, en las casas; á la sombra de la verdadera paz que disfrutamos, crece la confianza pública y el comercio se desarrolla, y el país prospera, y la prosperidad anima los rostros y el alma, y por eso nos hallamos contentos todos... es decir, todos no. Nosotros los que escribimos para el público echamos de menos dos cosas: primero que no haya editores en España que publiquen nuestros libros; segundo, que si los publicamos en el extranjero, no nos los deje entrar el gobierno ni en nuestra nacion ni en las Antillas. Figuraos por esto cómo esta-

remos nosotros, que tanto para honra de nuestra patria como para provecho de nuestro bolsillo — preciso es confesar la verdad — deseáramos editores que diesen á luz los infinitos libros que escribiríamos con honra y provecho.

Pero es posible que en mi próxima crónica pueda decir que el gobierno ha tendido á la clase de los escritores una mano amiga, y la alegría de que disfrutaban las demás clases á la sombra de la paz, se traslucirá en nuestros rostros ó en nuestros escritos.

¡La paz! si supiérais lo que es la paz... pero si lo sabéis porque la deseáis, porque á su sombra se desarrolla la industria, el comercio se engrandece, y la prosperidad de las naciones llega á su más alto grado de apogeo.

Hoy por hoy, lo que nuestra nación ha conseguido, el crédito que ha ganado con la reciente anexión espontánea de un pueblo laborioso, rico, anhelante de civilización, y la esperanza que todos tienen de seguir caminando por la senda emprendida hace algunos años, aumenta el bienestar de los habitantes, y el bienestar produce esa alegría, esa animación de donde nacen los sucesos, las anécdotas, la vida llena de peripecias que sirven al cronista para regalar á sus lectores noticias agradables.

El baile de trajes en el palacio de los duques de Medinaceli, ha sido una de esas fiestas que hacen época en la sociedad de una corte.

Desde las once de la noche empezaron á acudir las personas invitadas, á quienes recibían la duquesa y su esposo, ella como reina de la función adornada con un rico traje de sirena.

A las doce se presentó la comparsa de *Don Quijote*, que fué indudablemente la que más llamó la atención. Se componía de ocho señoras y nueve caballeros. La duquesa de Fernán-Núñez, con un vestido de terciopelo grosella y cuerpo de raso blanco bordado de oro y guarnecido de brillantes, hacia de *duquesa* de la comparsa. La condesa de Vilches iba de *Dorotea*; la marquesa de Molins, de *doña Clara*; una de las señoritas de Gor, de *Lucinda*; la condesa de Sclafani y otra de las señoritas de Gor, de *Dueñas*; la condesa de Castañeda de *Altisidora*, y la señorita de Roca, de *Pastora Marcela*. De *duque*, iba el marqués de Bedmar; el brigadier de la Armada, don Trinidad García Quesada, caracterizaba perfectamente á *Don Quijote de la Mancha*, y vestía una magnífica armadura de hierro; M. Nicolás, á *Sancho Panza*; el duque de Fernán-Núñez iba de *Don Fernando*; los señores Dameto y Loygorri, de *cuadrilleros de la Santa Hermandad*, y precedían la comparsa los señores Fernández Durán y Zavala, de *pajes*; el señor Alvarez de Toledo, de *Cardenio*.

El buffet estuvo abierto toda la noche, y era verdaderamente admirable por la profusión de helados, dulces y pastas de todas clases.

A las dos y media se abrió un magnífico comedor, en el que se sirvió una espléndida cena, renovándose completamente la cena á las cinco y media de la mañana.

A las seis se bailó el cotillon en una magnífica galería de cristales iluminada con luces de Bengala.

La duquesa ha querido conservar un recuerdo de esta fiesta, y ha formado con los retratos de sus amigos enmarcados un precioso album, que ha llamado la atención en París, y del que los periódicos ilustrados de aquella capital han publicado algunos, en felicísimos grabados.

La corte reside en Aranjuez; queriendo daros cuenta de lo que pasa en esta régia residencia, la he visitado algunos días.

El jardín de la Isla está cerrado por las mañanas. Durante este tiempo pasean en él el príncipe de Asturias y la infanta Isabel. Las fuentes corren para distraer á los augustos niños, los que después pasean por aquellas extensas alamedas en preciosos caballitos con elegantes jamas. También S. M. acompañan muchos días á sus queridos hijos, y entre tanto el jardín de la Isla, como he dicho, está cerrado, pero el del Príncipe se encuentra abierto á todas horas y muy concurrido en los días apacibles.

Esta régia posesión, levantada en un extenso plano y dividida por el caudaloso Tajo, revela un pensamiento grandioso en el arquitecto que trazó aquellas calles cuya terminación pierde la vista, cuyo efecto sorprende y conmueve á la vez; aquella ciudad magnífica de la naturaleza, con su casa de Labrador, con sus gloriétas, con sus fuentes monumentales, con sus altísimos álamos, con sus casitas blancas, con sus invernaderos y sus preciosas flores.

Confieso francamente que aquellas elevadas murallas de follaje, aquel continuo murmullo del río, aquel sonoro canto de los ruiseñores, aquellas límpidas aguas de los pequeños estanques, que retratan las copas de los árboles y encierran en su seno millares de peces de variados colores; confieso que este cuadro á la vez animado y tranquilo, sencillo y majestuoso, es á un tiempo la obra del genio y de la diosa de los campos: allí se desahoga y se oprime el alma en un mismo instante, allí se despierta la imaginación, allí tiene la inspiración uno de sus más espléndidos palacios.

Si á estos encantos se reúnen los de las jóvenes hermosas que con sus vestidos blancos y sus lindos *moqueteros* hoy, ayer *pamelas*, siempre sombreros pastoriles, corren de un lado á otro, abandonan la compostura de los salones para moverse con esa gracia, con esa naturalidad que las embellece, y se entregan á una felicidad sin límites, que forma después de los días que han vivido entre las flores, el caudal de sus más queridos recuerdos; entonces, hasta podemos comparar con un oasis

el delicioso paseo que os he bosquejado, llamándole como todos le llaman el *del Príncipe*.

En los días que he estado en Aranjuez he pasado dos ó tres horas gozando de todos sus atractivos.

Por la tarde se halla casi siempre abierto el jardín de la Isla, más artístico que el anterior y al que circunda el Tajo, formando á todo su alrededor una franja de plata. Allí hay más lujo, y para visitarle, se cambia de traje, se cuida más de las prácticas sociales; allí hay la seguridad de hallar á alguna de las elegantes y aristocráticas damas, astros de los salones de Madrid.

A las siete tiene lugar la lista de los Ingenieros delante de su cuartel; y mientras dura este acto, la banda ejecuta brillantes piezas musicales. A este reclamo acuden los paseantes, y en el sitio mencionado se encuentra el índice de casi todas las personas que habitan en Aranjuez ó que han pasado el día en el Real Sitio.

Estas ligeras descripciones os bastarán para formaros una idea de la vida que se pasa en la residencia primaveral de nuestros reyes.

Volvamos á Madrid.

¿Queréis sin duda que os dé algunas noticias teatrales?

El acontecimiento del mes — ya os lo he dicho al principio — ha sido la conmemoración de la muerte del inmortal autor del *Quijote*.

Era el 23 de abril de 1616. La campana de Santa Catalina zumbaba tristemente el toque de oraciones.

Aquel sonido melancólico, que bien podía pasar por un toque de difuntos, llevaba su eco hasta una estancia pobre y desmantelada, donde tenía lugar una escena terriblemente desconsoladora.

Era en una casa de mediana apariencia, situada en la calle de Leon esquina á la de Francos; en el piso alto del edificio y en una sala de desnudas paredes, se veían tres personas formando un grupo doloroso.

Cercando un humilde lecho, se hallaban una mujer, aun joven y hermosa, y un sacerdote: la primera se deshacía en llanto, arrodillada á los piés de la cama; el segundo murmuraba una oración en la cabecera: sobre el lecho se veía un anciano, en cuyo rostro pálido y demacrado se leía todo un poema de resignación: su frente, ancha y desembarazada, se extendía bajo una cabellera plateada; de sus ojos macilentos y hundidos, donde aun brillaba una chispa de extraordinaria vivacidad, se desprendían dos lágrimas, y sus labios contrahidos, dibujaban una leve sonrisa de amargura.

Aquel anciano, que según todas las tristes señales se hallaba tan próximo á exhalar el último suspiro, era Miguel de Cervantes Saavedra, que á la cansada edad de 69 años, tocaba por fin en el para él tan deseado puerto de su descanso, en el fin de lo amargo, en el borde de su sepulcro.

Un reguero de lágrimas había marcado en la tierra sus huellas; pero la vida del genio comienza en su propia muerte.

España no es ya la tierra que vió morir de miseria sin tenderle una mano amiga, á uno de los hombres que más lustre debían dar á su historia: el talento empieza hoy á adquirir en ella el premio merecido, los laureles cifien en su mayor parte todas las sienes que han sabido conquistarlos. Por eso el nombre de Cervantes es hoy un poema de grandezas.

El día 23 de abril de este año, por la mañana, se celebraron sus honras en la iglesia de religiosas Trinitarias, por la noche se verificó su apoteosis en el teatro del Príncipe, representándose una loa del señor Hartzenbusch *la Hija de Cervantes*, y la comedia del señor don Ventura de la Vega, *Don Quijote de la Mancha*.

El objeto de la función y la merecida fama de los autores de las obras que habían de representarse, llamó al coliseo de la calle del Príncipe una concurrencia numerosísima y brillante que salió altamente satisfecha. *La Hija de Cervantes* tiene por objeto revelar el pensamiento filosófico, el ente moral á que quiso dar forma con su *Quijote* el príncipe de nuestros ingenios; y el *Quijote* del señor Vega, es hoy, con las reformas que en él se han hecho, una obra casi nueva é interesantísima. La función, que terminó con la apoteosis de Cervantes y la lectura de varias poesías de nuestros primeros poetas, fué en todo digna de su objeto, y hábilmente desempeñada por todos los actores.

Las cosas más sublimes tienen siempre su lado ridículo, y el siguiente soneto *pentacrostico cruzado*, verdadero aborto de la poesía, lo probará; porque su autor, un vándalo de la literatura moderna, lo ha dado á luz con motivo del aniversario de Cervantes.

Lo repito aquí para proporcionar á mis lectores un rato de diversión.

SONETO.

Vios >brió las alas intelectuales,
Oh luz del gran Cervantes preceoso lucero,
Notable >rectitud del mundo entero,
Custo, muy >admirado, >bien sobresales,
Oraciones >nobles <reangelicales,
Sublimes lindos >con >eptos y ligero;
Escribió feliz En todo verdadero
Entusiastas >eso >os de liberales;
Siempre fiel >otable <alientemente;
Título muy >exacto >l elegante,
Razonado >úmen bravo >blemente
>admirac = on inspirada y >ruelante.
De don Miguel Cervantes >l eminente:
>dios >rudito poeta >con >onante.

Si mis lectores no se pierden en este laberinto de le-

tras y de barbarismos comprenderán que don José Estrada (el autor) *eminente cabeza*, dedica á gran Cervantes su estupenda elucubracion.

Las obras teatrales que se han estrenado son: en el Príncipe, *Marchar contra la corriente*, comedia en tres actos bien dialogada y abundante de chistes; *Antes de que te cases...* prueba que hacen del matrimonio por medio de un casamiento fingido un conde español y una viuda francesa; *Genio y figura...* comedia en un acto original de una nueva escritora, doña Joaquina García Balmaseda; y *Donde menos se piensa...* pieza en un acto también que ha agradado muchísimo. En Novedades se ha estrenado un drama, *Pruebas humanas*; y la mejor noticia de todas es la de que el eminente literato don Ventura de la Vega ha terminado su tragedia *Julio César*, obra de gran reputación entre los amigos del autor que la conocen.

En el teatro de la Zarzuela se han puesto en escena dos nuevas: *Anarquía conyugal* de Picon y Gaztambide, la *Red de flores* de Pedrosa y Caballero, y *Una niña de Camprodon* de Gaztambide.

En el Circo he visto otras tres zarzuelas nuevas: el *Corneta*, letra de Frontaura, *Un hombre feliz*, monólogo del mismo y música de Arrieta, y *Un ayo para el niño*, que murió en la misma noche de su nacimiento.

Se dice que Salas deseando proporcionar al público madrileño durante el verano noches de grato solaz, se halla en tratos con el barítono Ronconi á fin de que cante en el Teatro de Jovellanos óperas en español. La primera que se pondrá en escena, si se firma el contrato, será el *Barbero de Sevilla*, con cuyo fin se está traduciendo el libreto al castellano.

Pero abandonemos los teatros para ocuparnos de los libros.

Este mes ha habido un verdadero acontecimiento literario.

La literatura patria se ha enriquecido con una bellísima obra del señor Hartzenbusch titulada *Cuentos y fábulas*.

Los cuentos populares están narrados con una gracia y una naturalidad admirables, y no destruye la candidez y la frescura del estilo la intención moral y filosófica que en cada uno de ellos ha sabido el autor ocultar discretamente.

La hermosa por castigo es, sin duda, el más original y fantástico de todos estos cuentos. El pensamiento de dar la vista á un ser hermosísimo para que se admire de cuanto hay de hermoso en el universo, sin que pueda hasta el fin de sus días verse y admirarse á sí propio, es de suma novedad y extrañeza. La idea de que lo vea todo en el espejo, menos su propia imagen, está en algunos cuentos alemanes; pero en el cuento español no es esta idea, sino una consecuencia de otra más grande y original. El que este ser, que ni se ve ni se conoce, sea una bellísima princesa; el que su desgracia nazca de la admiración que inspira, y que no puede compararse, y del tormento de la curiosidad: el que logre verse hacia el fin de sus años en todos los sucesivos estados de su existencia que se van rápidamente presentando en un espejo, y el que todos ignorasen el misterio de que la princesa se desconocía, son circunstancias que dan al cuento un carácter prodigioso y simbólico, que excita la imaginación y que mueve el entendimiento á perderse en ensueños poéticos.

El señor Hartzenbusch ha mezclado en otros cuentos, como en el de *La novia de oro*, con la propia inspiración y con las creaciones de su fantasía, lo imaginado en época remota por el pueblo y conservado por la tradición.

La novia de oro es probablemente una conseja ó cuento vulgar. La idea de la novia pequeña, ligera, aérea casi, que se convierte en oro en cuanto la toman áuestas sus amantes y los aplasta á todos con su peso, es un decir, es un cuento del vulgo, admirablemente referido por el señor Hartzenbusch en lenguaje del siglo XV.

La reina sin nombre es más que cuento, es una linda novela histórica, es un *Ivanhoe* en miniatura. *Miriam la trasquilada* es una leyenda bíblica, y la *Locura contagiosa* es un episodio de la vida de Cervantes, la tradición que cuenta que su hermanastra le tenía por loco cuando se encerraba para escribir el *Quijote* y se reía á carcajadas mientras le escribía.

Las fábulas que dan también título á esta colección son cincuenta. No puedo menos de regalaros tres de las más cortas, dignas de ser tenidas en cuenta por su moraleja.

EL NIÑO EN ALTO.

Trepó sobre una silla, y arrogante
Un chiquillo gritó: «Yo soy gigante.»
— Monuelo saltarín (dijo un anciano),
Baja y serás enano.

EL MUCHACHO Y LA VELA.

Dijo una vez á la encendida vela
Un chico de la escuela:
«Yo quiero, como tú, lucir un día.»
La vela respondió: «La suerte mía
Solo es angustia y humo.
Brillo, sí; mas brillando me consumo.»

EL ÁGUILA Y EL CARACOL.

Vió en la eminente roca donde anida
El águila real, que se le llega
Un torpe caracol de la honda vega,
Y exclama sorprendida:

«¿Cómo con ese andar tan perezoso
Tan arriba subiste á visitarme?
— Subí, señora, contestó el baboso,
A fuerza de arrastrarme.»

El señor Hartzzenbusch ha incluido además en la colección de que os hablo una comedia de niños ó para niños. La comedia está dividida en dos actos, y tiene por título *El niño desobediente*. En esta obra prueba el señor Hartzzenbusch su ingenio y disposición para este género de literatura, tan poco y tan inhábilmente cultivado en España; género por cierto mas difícil y mas importante de lo que el vulgo cree, y que en otras naciones ha producido y produce frutos ricos y deleitosos y hasta libros clásicos, que han logrado y logran fama imperecedera, como el *Gulliver* de Swift, los *Cuentos* de Perrault, los de Andersen, los varios *Robinsones*, y otras novelas é historias que suelen leer los hombres con no menos gusto que los niños, y que aficionan á estos desde pequeños á la lectura y los llevan á formar una biblioteca infantil; pues bien se puede afirmar que un niño aficionado en Francia á esta clase de libros halla bastantes para formar una biblioteca de un par de cientos de volúmenes.

También ha publicado don Miguel Agustín Príncipe una colección de fábulas.

El señor Príncipe ha publicado algunos epigramas muy chistosos: entre ellos recuerdo dos que aunque antiguos no por eso merecen menos ser citados. Helos aquí:

Iba un buque á naufragar,
Y el capitán ordenó
Que se echase sin parar
Lo mas pesado á la mar,
Y uno á su esposa arrojó.
Tal atrocidad al ver,
¿Qué haceis? dijo un camarada:
Y él respondió: ¿qué he de hacer?
Echar al mar mi mujer,
Que es mi carga mas pesada.

Referia un portugués
Con hipérboles eternas
Haber cortado las piernas
A un fidalgo aragonés.
Uno, oyendo el lance osado,
Le dijo: ¿y porqué no el cuello?
Y él respondió: quise hacello;
Mas lo tenia cortado.

Aalcon va á publicar un libro de viajes titulado *De Madrid á Nápoles*, Murguía la *Historia literaria de Galicia*; Mesonero Romanos una obra que se titula *Madrid anecdótico*, y en el que siguiendo el antiguo plano de la villa y corte refiere todos los recuerdos que encierran las calles y las casas de Madrid; y entre los folletos que últimamente han visto la luz puedo citaros uno del señor Ferrer de Couto: *Cuestiones de Méjico, Venezuela y América en general*; y otro de don Jacinto Arbistur: *Relaciones entre España y los Estados del Rio de la Plata*.

Acaba de hacerse, y está ya de venta en las principales librerías, una nueva edición económica del *Romancero de la guerra de Africa*, del señor Bustillo, «el verdadero poema popular de aquella gloriosa campaña,» como con razon le ha llamado un periódico extranjero. La *España* ha comenzado á publicar una novela original española intitulada *Luisa de Valflorida*. Es la primera obra de un joven y modesto escritor sevillano, don Luis Escudero y Perosso.

De real orden ha sido aprobada como obra de texto para la clase de lectura de las escuelas de primera enseñanza el libro titulado *el Camino de los Santos*; colección de pensamientos, preceptos y consejos, traducido por una señora, é impreso en Madrid en el corriente año.

La compañía ecuestre y gimnástica ha empezado á dar funciones en el Circo de Recoletos, se ha abierto un café cantante como los de Paris, y en el Teatro Real, Carrion y la Lagrange llaman una numerosa concurrencia.

Para concluir os referiré una anécdota de nuestro célebre torero Cúchares, que está siendo el héroe á la moda en Lisboa.

Cúchares, acompañado de un gentío inmenso, fué á escoger los toros á las riberas del Tajo, y queriendo complacer á los que le acompañaban, se puso á capear á un novillo que á pocos instantes se hallaba ya en el suelo.

— No haria Vd. eso con un toro que yo tengo, dijo á Cúchares el mayoral de la ganadería de Rafael.

— ¿Dónde está? preguntó el torero.

— Allí le tiene Vd.

En efecto, el toro era bravísimo y corpulento.

Cúchares pidió una manta y llamó al toro.

A los tres minutos, el toro estaba en tierra, y Cúchares, sentado sobre él, bebió un vaso de agua, encendió un cigarro y echó al hocico del toro dos bocanadas de humo.

Los portugueses que cuentan esto, sabrán si es una galga, como ellos llaman á lo que nosotros llamamos una bola.

JUAN DE MADRID.

Madrid 30 de abril de 1861.

El pez.

Un Pececillo ligero
Por el mar iba saltando,
Cuando vió sobre él nadando
Un pedacillo de pan.

Quiso comerlo al instante,
Pero su madre le dijo:
— No comas, no comas, hijo,
Mira que á pescarte van.

Desoyendo la advertencia
Al alimento se lanza,
Y tras una hebra de tanza
Dejó el pececillo al mar.

Y al verle entonces la madre,
Dijo con dolor profundo:
— ¡Tanto aquí como en el mundo,
Cuántos se dejan pescar!

José C. BRUNO.

En el album

DE UNA NIÑA DE QUINCE AÑOS.

Es tu corazón muy niño
Y puro como el de un ángel,
La flor de tus ilusiones
Con tus pensamientos nace.
Haz que su color conserve
Y que su perfume guarde,
Y si un corazón la besa,
Que con su amor no te engañe.
No las lisonjas escuches
Aunque á tu candor halaguen,
Que el aire seca las flores
Y son las lisonjas aire.

EDUARDO BUSTILLO.

Costumbres orientales.

EL PARNASO DOMESTICO.

En Damasco hice estrecha amistad con un famoso bardo de Oriente.

Aquella hermosa ciudad, célebre en toda el Asia por su grandioso esplendor, es la casa de campo de los grandes, la residencia de los ricos y el paraíso de los poetas musulmanes.

Con estos tres títulos contaba Elim-Sofi, ingenio renombrado por sus cuentos árabes y fantásticas leyendas en prosa, las mas á propósito para que las odaliscas pasasen entretenidas sus horas de ocio en el harem; cisne cuyos melodiosos versos hacen hoy las delicias de la nobleza en la corte del shah.

Elim, poeta joven, rico y hermoso, llevaba en su frente las tres coronas de la vida feliz.

Dos veces habia atravesado Oriente viajando por viajar sin saber á donde.

Cuando un pueblo ó sitio le agradaba, alquilaba una casa ó plantaba su tienda, y allí permanecía hasta saborear su encanto como se apura el licor de una copa. Luego volvía á su interminable viaje, marchando mas lejos, mucho mas lejos.

Damasco le habia detenido con sus sombras y sus aguas: vivía en el barrio de los judíos cerca del convento, en el palacio de un sherif armenio que acababa de morir, morada digna de abrigar los sueños de un califa.

La casa de Elim se alzaba sobre rientes campiñas, y las ardientes arenas del desierto cerraban su horizonte con una frontera de oro.

El Corán no permite la representación de seres vivientes; por eso la fantasía oriental se encierra por sí misma en límites mas estrechos que el artista europeo. Con todo, su ingeniosa diversidad saca el partido posible de las cosas que le son lícitas.

El paisaje, falto de perspectiva, carece del encanto que se respira en las composiciones de nuestros pintores; pero poseen ellos el ornamento propiamente dicho hasta los últimos perfiles.

El exterior de las casas está pintado con el mismo esmero que un cuadro. En ningun país se ven las líneas tiradas con mas elegancia y gracia en los contornos: las paralelas se persiguen en sus infinitos artesonados; las curvas se separan y se encuentran en un dedalo de figuras cuya brillante simetría deslumbra. Estos colores serian extremadamente mas vivos bajo el encapotado cielo de nuestro sombrío Occidente; pero bajo la reverberación de esta luz de Oriente nada parece brillante. Tanto en el exterior como en el interior usan de las tintas vivas y degradadas con habilidad. Estas casas son verdaderos modelos de buen gusto en sus bárbaros esplendores berberiscos.

Apenas pueden dar idea de esta magnificencia los palacios reales de Europa.

La plata cincelada y el moldeado oro en largos dibujos sobre cristales azogados, visten las paredes de las habitaciones de recibir. Gigantescos pilares sobre los que se unen los artesonados, dan al techo un aspecto tan particular, que se asemeja bastante á los grandes salones de los castillos de la edad media.

A medida que uno va aproximándose al Norte de Siria, se abandona mas y mas el uso de las bóvedas: se

podrian] sobreponer tres habitaciones europeas en un salon de Damasco.

Las cámaras para dormir están divididas en dos partes: la una dos pies mas alta que la otra consagrada al lecho y al diván: está resguardada del sol por finas esteras y ricos tapices de Persia de hermosos colores. La otra está pavimentada de mosaicos, y por todo adorno tiene una fuente cuyo chorro, que cae formando lindísimas cascadas, no se para de día ni de noche, acompañando con su murmullo las ilusiones de la siesta ó los sueños nocturnos.

En los salones, la elegancia del adorno oscurece quizá el exceso que pudiera haber en la riqueza. A los cristales, al oro, á la plata, suceden en orden hábil de exquisito gusto los mármoles de colores, las piedras preciosas y el nácar.

Pequeñas vidrieras de opacos cristales se ven colocadas en caprichosas figuras romboédricas. Las colgaduras de seda y dobles cortinas rechazan ó dejan pasar la luz, segun las diferentes horas del día. Gracias á ellas el sol pierde su fuerza, descomponiéndose en deliciosa claridad, que esparcida en sedosos tapices, cincelados metales y mosaicos de diversas piedras, forma un armonioso conjunto.

Desde el dintel de la puerta fué conduciéndome hasta el último rincón de su diván.

— Dispensadme, me dijo, estoy aquí de paso, y no es en mi casa donde os recibo. No la tengo propia; mejor dicho, tengo casa en todas partes y en ninguna. El hombre es un viajero sobre la tierra: ¿qué falta le hace mas que una piedra donde reclinar la cabeza?

— Pues la vuestra es bastante rica, le contesté.
— Así la encontré. Solo pensaba vivir un mes en Damasco, y ahora no sé cuándo he de abandonarle. Dios me arregla la vida.

Hablando así, Elim-Sofi batió suavemente las manos, y un gran etiope negro y lustroso como el ébano, que por todo vestido llevaba una camisa azul sin mangas y por adorno una sortija en la ventana izquierda de la nariz, entró trayendo un plato con dulces de limon y sorbetes.

Pasó con ligereza el plato de la mano derecha á la izquierda, y arrodillándose se colocó en tierra sobre una estera de colores y una servilleta de hilo de inmaculada blancura, bordada de flores y frutas.

Nos trajo en seguida las pipas cargadas de tabaco de Persia, preparacion que eleva sus aéreos aromas sin dejar otra cosa en el paladar que un gusto débil.

Nos sirvió el café en copas de China, transparentes y montadas sobre filigranas de oro.

Le tomamos fumando y sin hablar palabra.

Un árabe no fija su atención en semejantes operaciones.

Levantaron el servicio, é hizo girar sus goznes el postigo de una ventana de celosias: así pude ver á mi gusto el interior del diván, cuyos detalles se me habian escapado á primera vista.

Los colchones de algodón y cerda sobre los que se amontonan cojines y almohadas forrados con ligerísimas telas indianas, ocupaban las tres partes de la habitación. Las paredes cubiertas de baño blanco tienen el pulimento del estuco. Las grecas de un rosado mate formaban cuadros como de finos bordados con guirnaldas de flores y arabescos azules claros, extendiéndose de un ángulo á otro. En el centro de cada pared una inscripción de grandes caracteres arábigos trazados con carmin, recordaba las sentencias mas notables del Corán. Debajo se leían estrofas amorosas entresacadas de las obras de Elim-Sofi. El techo estaba lleno de constelaciones y jeroglíficos.

Una lucerna caía desde la bóveda, sostenida por tres cadenas de dorados anillos. Sus paredes de cristal tallado, protegidas por una ligera red, dejaba ver la forma antigua de una lámpara de tres brazos. Este era todo el adorno del diván.

En medio del patio una fuente lanzaba hasta el cielo sus abundantes surtidores en forma de canastillo, desgranándose en gotas como espiga de perlas y diamantes, sobre vasos de mármol de Egipto.

Las sensitivas enlazaban á las columnas sus cariñosas ramas. Las enredaderas dejaban caer por todas partes sus campanillas de mil matices, y los jazmines del Cabo hacían brillar entre el verde follaje sus flores que figuraban estrellitas de plata. Bajamos á la galería.

La noche se acercaba, las flores embalsamaban el aire y la fuente proseguía murmurando cristalinas notas.

— Aquí, me dijo Elim-Sofi, he hallado una casa que se parece al eden.

Extendidos en un rincón habia dos chales de Persia á guisa de tapices: nos sentamos á la sombra de una higüera, y Elim-Sofi continuó:

— Vosotros los de Occidente no conoceis el Oriente. Lo atravesais al galope de vuestras caravanas, distribuis *bakchis* á los *pachás* y á los *mutrelimes* por obtener sus firmas, y latigazos á vuestros *monckres* para luego escribir sonoras páginas acerca de la miseria, de la opresión y del gobierno oriental. Con esto creéis haber realizado un descubrimiento y hecho un servicio importante á la civilización.

— Me parece bastante exacto cuanto decís, le contesté.

— Sin duda; pero ignorais la causa de nuestro marasmo. Si los hombres de Oriente hacen tan poco por los otros hombres, consistió en que la naturaleza ha hecho demasiado por ellos.

El sol que los nutre y viste es una fiesta eterna. Con algunas piezas de la moneda mas ínfima de Europa satisfacen todas las necesidades imperiosas de la vida.

Aquí no se trabaja para herederos inciertos. En Eu-

ropa decís: «A cada día basta su trabajo.» Aquí decimos: «Para cada día basta un pan.» Asegurado este pan, el resto del tiempo se dedica á los goces del alma ó del cuerpo.

El pobre es bastante rico para fumar su pipa tres veces al día y tener dos horas de siesta, durante las cuales goza los mismos sueños que el sultán. Esto le sobra.

Para los que viven de ilusiones, Oriente es la verdadera patria; aquí las ilusiones no tienen límites. El alma menos grosera que los sentidos, los enfrena, y se eleva en contemplaciones que se remontan hasta el éxtasis. De esto nacen para nosotros nuevas necesidades, cuya sutileza no percibís; por eso las condenais...

Hace un momento, cuando los esclavos han echado incienso y aloe en estos *machallahs* de plata que caen del techo y rociado los cojines de mi diván con esencia de rosa y benjuí, os habeis admirado.

Esta profusion es una necesidad. Nuestra alma está siempre pronta á evaporarse en el aire que la rodea, y los perfumes son los lazos invisibles y seguros que la retienen aquí abajo.

—Lo comprendo, le respondí; pero lo que no disculpo es esa contemplacion excesiva que os aleja del verdadero objeto de la vida, que es la accion.

—En Occidente sí, pero en Oriente no. Ved mis manos. ¿Están hechas para trabajar?

Y me alargó una con la palma recta y los dedos suaves y tan lisos que las falanjes parecían no tener nudillos, presentando todos los signos distintivos de las razas armenias.

—Estoy convencido, repuse; mas esos dedos indolentes pueden al menos sostener una pluma y escribir todas las mañanas en amorosos versos los ensueños de la noche.

—Eso hacia cuando era mas jóven, me contestó con la sonrisa melancólica de un hombre de cuarenta años. Ahora mi conciencia me grita: «¿á qué meditar? ¿á qué escribir?» y ni escribo ni pienso en nada.



SOLDADOS FRANCESES DISTRIBUYENDO VIVERES ENTRE LOS INDIGENTES DE ROMA.

El genio oriental, fatigado de volar por el paraíso de Mahoma, halla en el olimpo terrenal de la poética Damasco el dulcísimo *far niente*.

BRUNO DEL BARCO.

Dibujos de Roma.

Hé aquí dos dibujos hechos en Roma, y que representan escenas de actualidad notables tanto por su interés como por su carácter pintoresco.

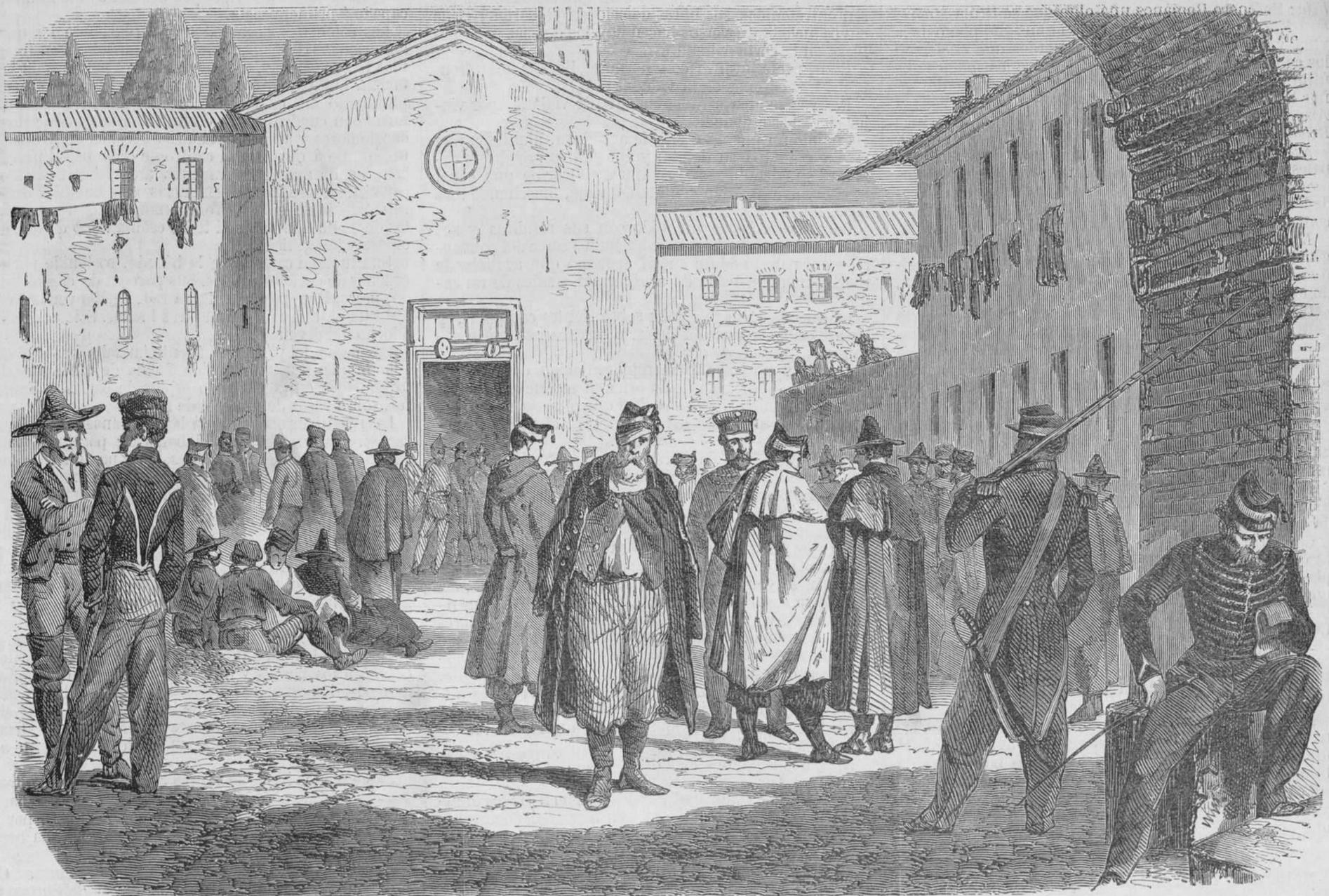
Hace poco tiempo hubo un combate bastante reñido entre los insurrectos napolitanos mandados por el conde Christen y las tropas piemontesas en Baoucco, pueblecillo de la delegacion pontificia cerca de Frosinone; despues de la pelea que duró todo un día, los napolitanos abandonaron la plaza, se refugiaron en los Estados romanos, y en número de quinientos llegaron á Roma donde fueron acantonados en el convento de San Sixto, cerca de la puerta de San Sebastian.

Este campamento, formado de hombres de todas edades, revestidos con los trajes mas variados, presentaba un espectáculo muy particular; aquí un anciano campesino de los Abruzzos con aire sombrío y receloso; allí un jóven de traza elegante que habia sabido conservar su uniforme de húsar en buen estado, á pesar de las fatigas y las largas marchas; mas allá el calabrés con su eterno sombrero puntiagudo y sus largas polainas de lana oscura.

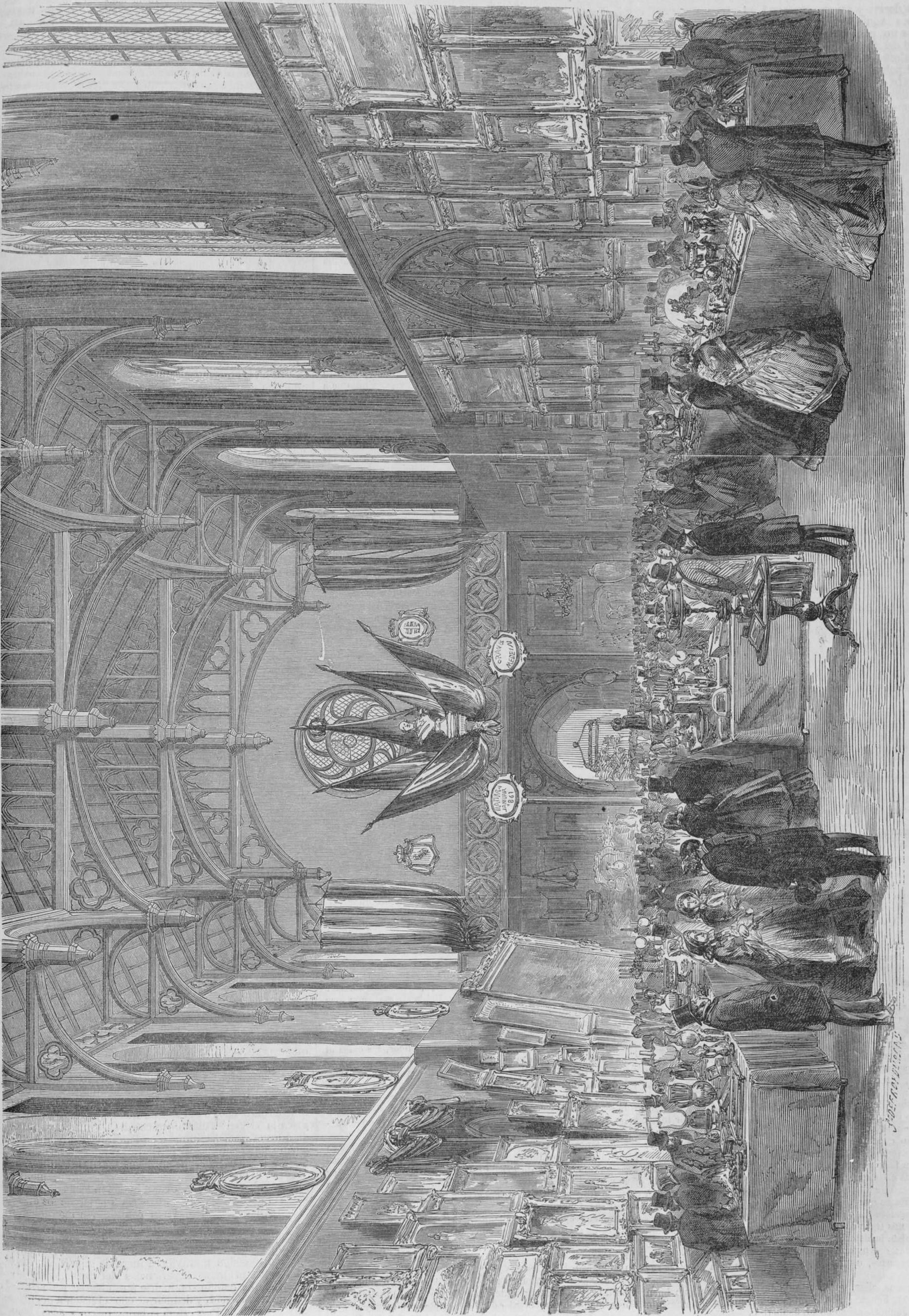
Casi todos habian conservado cierta alegría; la mayor parte de ellos jugaban á la boccia, el juego nacional, y otros se paseaban cantando alguna melodía de su país.

Los cuarteles ocupados por las tropas francesas están asediados cada día por los indigentes de Roma; á las doce los soldados distribuyen, entre los infelices que llegan á implorar su caridad, una parte de los viveres que reservan para hacer limosnas.

Una de estas escenas se ve representada en el primer dibujo. X.



BIVAC DE LOS REFUGIADOS NAPOLITANOS EN EL CONVENTO DE SAN SIXTO EN ROMA.



EXPOSICION DE LA I.OTERIA A BENEFICIO DE LOS INUNDADOS EN LA HAYA.

Superior

Revista de París.

En las carreras de caballos del último domingo que tuvieron lugar en el hermoso campo del bosque de Boulogne, la escogida y poco numerosa concurrencia que por efecto del mal tiempo había acudido á la fiesta, hablaba con mucho dolor de la desaparición de uno de los jóvenes mas elegantes y que mas han llamado la atención pública en estos últimos tiempos.

— ¡Pobre Ernesto! decían; su reinado ha concluido bien tristemente.

Veamos pues cuál ha sido el fin de este elegante de primera tijera, que tanta falta hace á sus amigos.

Ernesto habitaba en París hace tres años; antes se hallaba en una ciudad de provincia, donde llevaba la monótona existencia á que le había condenado un padre tan rico como prudente.

Pero hé aquí que este buen padre viene á morir dejando á su hijo como unos cuarenta mil francos de renta.

Ernesto lloró lo mas preciso al autor de sus días, y cansado hacia tiempo ya del pueblo en que vegetaba como un idiota, según él decía, vino á París, donde gracias á su lujo y á sus rarezas, no tardó en conquistarse una gran fama en ese mundo de fáciles costumbres y tan lleno de seducciones para los provincianos y los extranjeros.

Ernesto tenía caballos y coches magníficos; en el vestir se le citaba como modelo, y en efecto, mas de una vez ha sido retratado en los figurines que salen de París á correr el mundo; su amistad con las bailarinas de la Opera y con los miembros del Jockey-Club, coronó la reputación de hombre á la moda que buscaba.

Pero ¿qué cosa no tiene en este mundo sus inconvenientes? La adquisición de esta fama le había costado á Ernesto la mitad de su capital; pues en cuanto á su renta, debemos hacerle la justicia de decir que nunca pensó poder vivir con ella. La otra mitad siguió el mismo camino.

En suma tres años escasos fueron suficientes para que el joven provinciano se levantara una mañana sin veinte francos en el bolsillo, y lo que es peor, cargado de deudas, representadas por pagarés cuyo vencimiento estaba próximo.

No hay para qué decir que le fué imposible hacer honor á su firma. Los acreedores, gente sin compasión, pidieron y obtuvieron una orden de arresto, con la cual los alguaciles salieron destacados en su busca.

Entonces se efectuó un cambio notable en la existencia del deudor, que se confinaba todo el día en su aposento sin salir hasta el anochecer para volver á entrar puntualmente antes de la aurora, ó se metía en su coche y cruzaba á escape las calles de París desafiando á sus perseguidores.

Estos, cansados de espiarle inútilmente, imaginaron una estrategia para hacerle caer en sus redes.

Habiendo observado que Ernesto solía tomar un coche en una caballeriza que había enfrente de su casa, uno de los alguaciles se vistió de cochero, y durante quince días se estuvo de centinela en el pescante de uno de los vehículos de la caballeriza.

Ya principiaba el supuesto cochero á perder un poco la paciencia y la esperanza de coger al deudor, cuando al cabo del tiempo susodicho vió llegar de repente á un criado que acudía muy sofocado á pedir un coche.

— Aquí está; ¿para quién es?

— Para M. Ernesto. Vamos pronto.

— Al instante.

Pocos minutos despues el joven estaba dentro.

Al entrar dió las señas de la casa adonde iba, y prometió cinco francos de propina si le llevaban volando.

Llovia como lueve en París; mucho y aprisa.

El cochero sacudió vigorosamente á sus caballos; pero en vez de llevarle á la casa indicada, dirigió el coche á la cárcel de Clichy, donde Ernesto se encuentra encerrado á la sazón por unos cuantos años.

Se observa este año en París un gran movimiento literario. Apenas pasa semana sin que los editores parisienses nos anuncien una obra nueva, y lo que es mas, una obra de importancia. Hé aquí hoy una novedad que nos ofrece un crítico de fama, M. Sainte-Beuve, y que se titula: *Chateaubriand y su grupo literario en tiempo del Imperio*. La obra consta de dos volúmenes que se leen del principio al fin con un interés irresistible.

Con efecto, Chateaubriand es uno de los genios que honran nuestro siglo. A decir verdad, su gloria raya tan alto, que el escritor nos aparece como en una apoteosis. M. Sainte-Beuve, sin dejarse deslumbrar un momento, ha sometido á un análisis concienzudo la obra entera del afamado autor, y despues de leer sus juicios desapasionados y sinceros, el lector admira seguramente á Chateaubriand; pero esta admiración es justa, razonada y no va mas allá de la realidad como antes sucedía.

M. Sainte-Beuve se extiende en señalar el énfasis, las afectaciones de pasión, la rigidez de estilo que se notan por todas partes en el autor de *Los Mártires*, de *Atala* y de *René*. ¿A quién no chocan en el día estos defectos? No hay mas que abrir un tomo de Chateaubriand, y al punto se observa ese lenguaje falso y retumbante que es la señal que mas caracteriza á los escritores franceses de principios de este siglo.

En torno de Chateaubriand M. Sainte-Beuve ha reunido á los escritores que fueron sus contemporáneos, y también á ciertos personajes que no pertenecen á la literatura. El cuadro que nos traza de las singulares costumbres de aquel tiempo completa la historia íntima y anecdótica de una época poco estudiada; detengámonos á ver lo que nos cuenta de los salones literarios, asunto que toca mas de cerca á nuestras revistas.

«Sabemos, dice, que M. de Chateaubriand tenía un buen amigo, M. Fontanes; este amigo estaba ligado íntimamente con M. Jaubert, así como M. Jaubert lo estaba con madama

de Beaumont, la hermosa hija de M. de Montmorin, que tan bien nos ha dado á conocer en sus escritos. La iniciación entre todos ellos fué pronta y viva, y de aquí nació al punto en toda su gracia la pequeña sociedad de la calle nueva del Luxemburgo.»

»Había entonces (1800—1803) varios salones renacientes, los círculos brillantes del día, los de madama Stael, madama Recamier, madama José Bonaparte, las reinas del momento y no todas efímeras, pues algunas se han hecho despues inmortales. Había además los círculos regulares que continuaban pura y simplemente el siglo XVIII, como el salon de madama Suard y el de madama de Houtetot, donde dominaban los literatos y los filósofos; y estaba á punto de abrirse un salon único que recogería lo mas escogido de la antigua sociedad á su regreso de la emigración, cual era el de la princesa de Poix. No obstante su aristocracia, era este el mas sencillo, el mas natural de los que he nombrado. Pero el saloncito de madama de Beaumont, alumbrado apenas, sin ninguna celebridad, y frecuentado únicamente por cinco ó seis fieles que se reunían allí por las noches, lo ofrecía todo entonces: era la juventud, la libertad, el movimiento, el espíritu nuevo que se hacia cargo del pasado y le reconciliaba con el porvenir.»

Madama de Beaumont tenía tal amistad á Chateaubriand, que cuando este fué nombrado secretario de embajada en Roma, ella se trasladó á esta ciudad, donde no tardó en morir en brazos del escritor, el 4 de noviembre de 1803.

«Lo que habría podido perder á M. de Chateaubriand, dice Sainte-Beuve, le dió un gran realce en la opinión pública. Todos alabaron el modo que tuvo de llenar con respecto á ella todos los deberes de la amistad y de la religión, y esto le granjeó de nuevo las simpatías de ciertas personas que á su marcha se enemistaron con él. Chateaubriand, cuando quería, tenía el don de volver los corazones, principiando por el suyo. — En el momento de salir de una ciudad que se le había hecho tan odiosa, de repente comienza á sentir su salida de Roma, y con este motivo escribe á M. Fontanes una carta admirable, en la cual celebra en estilo brillantísimo las grandezas romanas, sabiendo mezclar hábilmente el recuerdo de madama de Beaumont. Hé aquí algunas líneas de esta célebre carta:

— «Todo el que se ocupa únicamente del estudio de la antigüedad y de las artes, ó todo aquel que ya no tiene lazos en la vida debe venir á vivir en Roma, donde hallará una tierra que alimentará sus reflexiones y que ocupará su corazón; unos paseos que siempre le dirán alguna cosa. La tierra que pise le hablará, y el polvo que levante el viento bajo sus pies, encerrará alguna grandeza humana. — Si es desgraciado, si ha mezclado las cenizas de los que amó, con tantas cenizas ilustres, no podrá menos de hechizarse al pasar del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso; de la preciosa tumba de Cecilia Metella al modesto féretro de una mujer infortunada. Podrá creer que esos manes queridos se complacen en errar al rededor de esos monumentos con la sombra de Ciceron llorando aun á su querida Tulia, ó de Agripina ocupándose aun en la urna de Germanicus. — Y si es cristiano ¡ay! ¿cómo podría entonces arrancarse de esta tierra que ha venido á ser su patria; de esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio, mas santo en su cuna, mas grande en su poderío que el que le ha precedido; de esta tierra donde los amigos que perdemos durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parece se han de despertar los primeros en su polvo como si estuvieran mas próximos al cielo?»

En esta carta hay en efecto, como añade M. Sainte-Beuve, emoción, poesía y magnificencia de estilo; pero ¿domina en ella un dolor sincero?

No, seguramente; lo que domina es el arte; es una carta escrita «para que se publique» como observa con mucha perspicacia M. Sainte-Beuve.

Este ejemplo nos basta; el crítico que ha emprendido el estudio de Chateaubriand, se muestra implacable con esta falta de sentimiento verdadero que el lector mas inadvertido observa en sus obras, si bien reconoce y señala con imparcialidad las bellezas de primer orden que hay en ellas.

Los últimos conciertos de la temporada han tenido lugar en la semana que acaba de trascurrir, sin que haya descollado en ninguno de ellos algun talento extraordinario. No es esto decir que los instrumentistas que se oyen en París se hallen desprovistos de ciencia, habilidad y maestría; muy al contrario, en el ramo de pianistas sobre todo, el mas inferior puede pasar por un artista de nota. Hablando pues con mas propiedad, diremos que no ha aparecido ningun nombre nuevo digno de señalarse.

El fin de los conciertos es el principio de las diversiones de verano. Ya están abiertos los jardines públicos, los cafés al aire libre, y el famoso concierto Musard en los Campos Elíseos; y todas las noches que el tiempo lo permite, estos establecimientos resplandecientes de luces y de flores reciben á su concurrencia ordinaria, que se compone en su mayor parte de cierta clase de belladamas parisienses muy aficionada á las diversiones, y de extranjeros de todos los países que nunca se cansan de admirarlas.

En tanto los teatros entran en el período menos lucrativo de todo el año. Únicamente la Grande Opera mantiene sus beneficios al nivel de los de la temporada de invierno, por la razon de que no hay forastero recién llegado á París que no se apresure á disfrutar del grandioso espectáculo que ofrecen sus funciones. Como el *Tannhauser* ha hecho un fiasco completo según hemos dicho ya á nuestros lectores, la empresa ha dispuesto la repetición de la ópera de gran aparato titulada *Herculano*, de F. David, que obtiene en el día un éxito ruidoso, quizá mayor aun que el que obtuvo cuando se estrenó en 1859.

Ya expusimos entonces nuestra humilde opinión sobre esta partitura; por consiguiente, no limitaremos á apuntar hoy que madama Gueymard es tan aplaudida como entonces en el papel de Lilia, y que el de Olimpia cantado por primera

vez por la Tedesco no ha perdido nada; al contrario, esta cantatriz es muy superior, á nuestro juicio, á la Borghi-Mamo, y sobre todo á la Vestvali, las dos artistas que la han precedido en su desempeño.

Ya que hablamos de teatros, concluiremos resumiendo una cuestión de cifras, que probará la importancia que tiene el arte escénico en París. Durante el año teatral que ha finalizado, los derechos que han percibido los autores, se eleva á la enorme cantidad de 1.519,827 frs., 85 céntimos. En esta cantidad están comprendidos los derechos cobrados en París, en los departamentos franceses y en Bélgica; pero de todos modos la capital es la que suministra el grueso de la suma, pues los teatros de ella han pagado á los autores 1.265,943 francos, 2 céntimos. Vemos pues, que los departamentos y la Bélgica han contribuido al total general en una proporción muy reducida.

— En la página 309 damos un dibujo que representa la exposición de los lotes que se han de rifar á beneficio de los inundados de Holanda. Estos premios han sido enviados de todos los puntos de la Europa, pues en todas partes las desgracias ocurridas en aquel país han conmovido los corazones

MARIANO URRABIETA.

Recuerdos de viaje.

PISA.

Á BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA.

¿Te ha acontecido alguna vez en tus viajes llegar á uno de esos monasterios despoblados por la revolución en días de delirio, y puestos mas tarde á cubierto de las injurias del tiempo y el abandono, por el interés privado ó el amor á las artes? — En el solitario claustro, en las barridas losas, en los restaurados mármoles, hay algo que revela lo mercenario y lo indiferente; — échase de menos allí á la mano cariñosa del antiguo dueño, y con la ausencia de los primitivos habitadores, con la de sus frentes venerables, de sus rostros macerados, de sus ropas tálares, y el crujir de sus sandalias sobre el arenoso pavimento, parece haber huido el alma que animaba aquel cuerpo de rica y majestuosa arquitectura. — De los rumores de vida, del cántico incansante de los cenobitas, de las religiosas armonías del órgano, del murmullo sonoro de los seculares árboles del huerto, solo queda el triste y monótono gemido de la fuente que fluye inagotable en el centro del jardín talado, y el agua saltando en la redonda pila, parece la voz del espíritu familiar de aquellos lugares que llora su soledad y su destierro. Por poco avanzado que esté el corazón en los caminos de la vida, por pocas huellas que en él hayan dejado desengaños y amarguras, por ligero que sea, por indiferente que se muestre á esa poesía de los recuerdos que en pos de sí deja el paso de los hombres como la estela del barco que surca los mares, no se sustrae á la impresión del melancólico ambiente que allí se respira, — una fuerza oculta detiene sus pasos al pié de la fúnebre losa, y fija sus miradas en el florido arquitecabo y le hace volver una y otra vez los ojos, cuando perezosamente y como á pesar suyo se aleja.

Tal es el efecto que me causó Pisa, *Pisa la morta*, como dicen los toscanos en su poético lenguaje.

La descripción mas prolija no pintaría con tanta precisión como aquel adjetivo enérgico la fisonomía actual de la famosa ciudad, sus desiertas calles, sus palacios deshabitados y el silencio y abandono de aquel vasto campo cubierto de yerba, donde se alzan los cuatro monumentos de su gloria artística: el Baptisterio, el Duomo, el Campanile y el Campo-Santo. — Nadie diría sino que en la prevision de su decadencia futura adivinó la altiva república el uso que nuestro siglo extendería de reunir en museos los restos esparcidos de anteriores edades; y por no deber tal favor á los venideros, les legó su obra ya completa y ordenada: un colosal museo, archivo á la vez de su historia, dándole por términos sus torreadas murallas, por horizonte el mar infinito y por bóveda el cielo azul y diáfano de la Toscana. — Apartados y juntos en uno de los ángulos de la ciudad, los cuatro monumentos semejan esos ancianos agobiados de días y de memorias que al calor de un sol benéfico se buscan y se reúnen para conversar del tiempo pasado y consolarse de la miseria y postración presente. Y así como en el diálogo de los ancianos van sucesivamente apareciendo las grandes figuras de los tiempos que evocan, así á la vista de aquellos edificios surgen luminosos ante la niebla de los siglos los días memorables de la gloriosa Pisa. — Enemiga natural de los sarracenos, como todas las ciudades cristianas del litoral Mediterráneo, en agradecimiento de la victoria y conquista sobre ellos de la isla de Sicilia, levantó y consagró á la Virgen su magnífica catedral, y mas tarde unida á los cruzados, triunfaba en Palestina y enviaba cincuenta galeras á buscar la tierra sagrada de Jerusalem, que quería dar por sepultura á sus grandes hombres.

Tal es el origen de su célebre Campo-Santo, monumento único y extraño, y cuya huella indeleble, dice un viajero, permanece en la memoria á pesar de los años, no ya sin borrarse, mas sin confundirse ligeramente con ninguna otra. El Campanile ó *torre inclinada* recuerda uno de los nombres que enaltecen á la humanidad y de que se envanece la ciencia. En ella, y aprovechando su disposición maravillosa fuera de la vertical, hizo Galileo las primeras experiencias del descenso de los cuerpos, que debían conducirle á establecer los principios de la gravedad, y deducir de ellos el sistema del universo. — Hijo de Pisa era el sublime físico, y acaso bajo aquella misma lámpara de la catedral, cuyas oscilacio-

nes, según la tradición, le pusieron en camino de su teoría del péndulo, su luminosa inteligencia encontró por vez primera la verdadera disposición de los cuerpos celestes y las leyes de su movimiento. — Allí adivinó tal vez los nuevos principios que inauguraban una era de gigante progreso para las ciencias; principios que con indomable firmeza proclamó en la persecución y el calabozo, simbolizando su convicción y la seguridad de su juicio en la célebre frase *é pure si muove*, con que respondía á la sentencia que le condenaba por impío. — Yo me representaba al grande hombre apoyado en uno de aquellos airoso pilares de la oriental nave, abrumado de tristezas, solo y desamparado, repasando en su memoria las amargas sufridas y previniendo las tribulaciones que le esperaban, sin mas consuelo, sin mas apoyo que las verdades inmutables de la ciencia y la grandeza de su misión de revelárselas á los hombres.

¡Oh qué temple de alma, qué fe robusta es preciso abrigar dentro del pecho para renunciar á una gloria fácil y segura por otra dudosa y lejana! — En aquellos tiempos en que aun la astrología y la alquimia eran la ocupación de las mas elevadas inteligencias, y que los hombres que las profesaban ejercían una superioridad real y no contestada sobre sus contemporáneos; ¡qué ventajas no hubiera hallado Galileo en transigir con la ignorancia que le rodeaba, y guardar para sí la llave de los misterios que su genio le descubría, en vez de atacarla y herirla en su orgullo, concitando contra sí sus iras y su venganza! — Fama, honores, riquezas, aplausos, cuanto lisonjea el deseo humano, cuanto pone por término á sus afanes el ánimo ambicioso, otro tanto le hubiese acudido para hacerle fácil la vida y venturosa. — A todo eso prefirió las injurias y el desprecio, las persecuciones y el martirio, y todo lo arrostró sin desfallecer un momento, — acaso uno de los privilegios del genio es el de vislumbrar su gloria futura, y en esa prevision, en esa convicción profunda hallan fuerzas para resistir y vencer á la mas tenaz y poderosa de las pasiones que mueven al hombre, la envidia. — En Santa Cruz de Florencia, en aquel panteon de los hijos ilustres de la Toscana, donde casi ninguno tiene un monumento digno de él, yacen los restos de Galileo. — Un busto con brazos en una actitud ridícula, empuñando un telescopio, un cuerpo de mezquina arquitectura y una inscripción ampulosa señalan su sepulcro, — mas nada de ello revela á primera vista quién sea el objeto de tales honores; — si en vez de tan pobre conjunto hubiesen figurado sobre su tumba la esfera terrestre con la frase que arriba he citado, ¿habría un extranjero que pasase delante de ella sin comprender desde luego quién era el que allí dormía?

Pero hay un nombre que como el eco natural de aquellos parajes resuena al paso del viajero en todos los ámbitos de la Toscana; es el nombre de Dante. — Confundidos en la tradición los lugares en que pasó su vida con los que inmortalizó en su poema, por sí propio ó por sus personajes, ha esparcido como un aroma de poesía sobre la patria rencorosa que no quiso recibirle en su seno despues de un largo y doloroso destierro. — *Popule meus quid feci tibi?* decia á los florentinos el ardiente gibelino, tomando para expresar su amargura y su tristeza las llorosas frases que pone la Iglesia en boca del Redentor, azotado y escarnecido; pero tan elocuentes y tiernas quejas no podían hacer mella en pechos ocupados por las pasiones políticas en todo un exagerado encono. — Florencia, Siena, Arezzo, Luca, recuerdan algun episodio de su vida ó alguna página de su libro, Pisa, una de estas últimas, acaso la mas dramática, y positivamente aquella en que el poeta empleó las mas lúgubres tintas de su imaginación sombría y tétrica. — La historia de los siglos medios abunda en sucesos cuya relación nos estremece; — harto próximos á los tiempos bárbaros, la acción civilizadora del cristianismo apenas habia suavizado un tanto las costumbres, su influencia era todavía freno harto débil para las pasiones violentas de los hombres y sus venganzas, y sus castigos eran tremendos en una época en que ocupaban toda la vida rencoros sangrientos y encarnizadas luchas.

En los anales de los pequeños Estados de Italia, país de sangre ardorosa y ciega, son mas frecuentes que en otros tales episodios. — Pisa, como todas las repúblicas contemporáneas y vecinas suyas, estaba interiormente dividida, y sus bandos en continua guerra; — las familias patricias se disputaban los puestos eminentes del Estado, y á pesar del instinto político de los toscanos, y de su astucia ingénita para tramar planes y fraguar de sus conspiraciones, no siempre, los que regían el gobierno, tenían la suficiente prudencia para esperar, y trataban por la violencia de llegar á la mas pronta realización de sus designios. — En el último tercio del siglo XIII, era el primer magistrado de la república pisana Ugolino de la Gherardesca, — ambicioso y duro, aunque valiente y emprendedor, trató de ahogar las libertades patrias, haciéndose soberano independiente, mas la traición ó la imprudencia le delataron, y fué reducido á prisión por el gobierno. — Llaves de oro le dieron libertad, y organizando un ejército de florentinos y luqueses fué sobre Pisa, poniéndola en tal aprieto, que una transacción le colocó de nuevo á la cabeza del Estado.

Hecho general de la república vuelve de nuevo á sus ambiciosos intentos, y para afirmar su autoridad, para asegurar el éxito, procura por todos los medios deshacerse de sus enemigos. — Uno de estos, el arzobispo Rogerio de Ubaldini, ambicioso y cruel como Ugolino, pero mas sagaz acaso, explota la indignación que sus tiranías y sus suplicios aumentaban cada dia, y sublevando al pueblo, ataca al tirano en su propio palacio, le

prende tras una larga y vigorosa resistencia y le encierra en una torre con sus hijos y sus nietos, donde todos mueren de hambre. — Este drama horrible de la prisión y el martirio, de una agonía sin ejemplo, está pintado por Dante con una maestría y un terror sin igual. Guiado siempre por Virgilio, siguen ambos su marcha por las pavorosas grutas que ocupan los condenados, y en aquel mar de cenagoso hielo tan admirablemente descrito, donde expían sus crímenes los tiranos y príncipes ambiciosos, descubren uno de airado gesto cuyos dientes se ceban furiosos en el cráneo de otro desgraciado. Espantados los dos poetas, preguntanse quién sea aquel cuyas iras y encono van mas allá del sepulcro, y el conde Ugolino les da respuesta refiriendo el triste suceso de su muerte. Casi todo el canto treinta y tres *Dell' Inferno*, consagra el poeta á la dolorosa relación, comenzándole de este modo tan enérgico:

La bocca solloeno dal fiero pasto
Quel peccator, forbendola a' capelli
Del capo, ch'egli avea dietro guastro (1).

y con aquella sencillez homérica que tal vigor y verdad da á sus pinturas, en aquel lenguaje expresivo y propio, aunque rudo á veces é inarmónico, con aquella alma humana en que vibran todas las fibras sensibles del hombre, cuenta por boca de la víctima su patética historia, cuyos detalles no pueden leerse sin sentir frio y miedo.

« E ce non piangi, ¿di que pianger suoli? »

« Si ahora no lloras, dice Ugolino al poeta en medio de su narración, ¿qué es lo que te hace llorar de ordinario? » — Los detalles que Dante introduce son de una sobriedad y de un colorido pasmosos: despues de un sueño que le presagia su suerte, el mísero conde, al acercarse la hora ordinaria de la comida, oye clavar por fuera la puerta de su prisión y se persuade de su destino. Sus hijos lloran; pero él resiste al dolor, hasta que el rayo primero del siguiente dia, que penetra en el calabozo, le muestra en los semblantes de aquellos seres queridos los tormentos que sufren; entonces se muérde las manos de rabia; ellos creen que lo hace por hambre, y le ofrecen para alimentarse su propia carne. Al cuarto dia, en fin, el mas jóven de ellos cae exánime á los piés del anciano, que sucesivamente ve morir á los restantes.

Vid'io cascar li tre ad uno ad uno
Tra'l quinto di e'l sesto: ond' i mi diedi
Gia cieco á brancolar sovra ciascuno,
E tre di gli chiamai poich' e 'fur morti;
Piscia pici che 'l dolor porté 'l digiuno.

Y la ambigüedad de este último verso de la narración concluye oportunamente el cuadro. — Cuando el infortunado conde exclama con el acento de la desesperación, « despues, pudo mas el hambre que el dolor, » debe entenderse que la necesidad física apagó aquella vida que resistía á la tortura moral, ó que despues de llevar ciego sus manos ávidas del uno al otro cadáver, y de llamarlos en vano por sus nombres durante tres dias, aquella misma necesidad terrible ahogó la voz de la naturaleza, y buscó un medio nefando de satisfacerse.

« Ahí Pisa, vituperio delle genti, »

exclama luego el poeta indignado de que la ciudad dejase consumarse tan horrosa venganza. — Estos episodios, el de Ugolino, el de Francesca, el de la Pia, contenido solo en siete versos, son los trozos en que Dante brilla como gran poeta. — En las fantásticas descripciones de los *balzi* de su infierno, de los círculos de su paraíso, en sus alegorías místicas y morales, muestra sus profundos conocimientos teológicos y su imaginación portentosa; las alusiones históricas y locales de que está sembrado su poema son en gran parte perdidas para nosotros que no conocimos los dias ni las gentes á que se refiere, pero en esos pasajes breves, y por desgracia poco numerosos, donde retrata los efectos de la pasión humana; donde hace á sus héroes suspirar de amor, ó sollozar de pena, ó gemir de desesperación, tiene tal verdad y tal energía, que conmueve profundamente y excita en el alma del lector aquel sentimiento mismo que palpita en sus versos.

Yo hago mi franca confesión. — La lectura de la *Divina comedia* es para mí una tarea, la de los trozos á que me refiero, uno de los placeres mas vivos, y en que con mas vehemencia se complace mi entusiasmo y mi amor á la poesía.

La torre donde murió Ugolino conservó su nombre de *Torre del hambre*; pero hace muchos años que el Senado de Pisa procuró hacer desaparecer sus ominosos restos; — en la piazza del Cavalieri hay un edificio público perteneciente al municipio que ocupa el lugar donde se alzaba aquella. — ¡Qué contraste por otro lado, entre esas lúgubres memorias y la melancólica belleza del paisaje! — Porque los años y los sucesos pasaron sobre la ciudad despojándola de aquellas grandezas y esplendor que debía á los hombres, mas no pudieron quitarla los dones que la pródiga mano de Dios derramó sobre ella. — Su gloria y su poder desaparecieron, sus hijos desertaron del noble solar de sus mayores, y hasta el

(1) Aquel pecador levantó la boca de su horrible manjar, limpiándola de los cabellos del cráneo, cuya parte posterior habia devorado.

mismo mar, el antiguo cómplice de su fortuna, el testigo de sus famosas victorias, se apartó desleal é ingrato de ella y se alejó de sus murallas. — allá á lo lejos junto al cauce del Arno, en medio de una llanura poblada de rebaños y sembrada de mieses, se alzan las viejas torres, en cuyos fuertes estribos se cebaban los extremos de la cadena que defendía el puerto, y cuyos carcomidos sillares muestran la huella de las olas que durante siglos los azotaron.

Pero aun conserva Pisa su cielo puro y magnífico, su campiña feraz, su clima benéfico, y aquel horizonte espléndido y luminoso que cierran por un lado las cimas azules de los Apeninos, y por el otro la verda inmensidad del Mediterráneo. — Paseando á orillas del río, donde se cruzaban conmigo tantos y tantos melancólicos hijos del Norte que vienen á Pisa á restaurar una naturaleza empobrecida, ó á prolongar una existencia sordamente minada por la enfermedad, aspiraba yo con delicia aquel ambiente cargado de aromas, como si estuviésemos en los mejores dias de la primavera; — en el cielo sin mancha brillaba un sol de enero tibio y cariñoso, y una apacible brisa murmuraba en el follaje perenne de los mirtos y laureles. — ¿No hay en ese destino de la ciudad convertida en refugio de los que padecen, en medicina y consuelo de los que sufren, una poesía superior acaso á la de sus tiempos de ruidosa y egoísta prosperidad? ¿No son un símbolo perpétuo y significativo de esa nueva y dulce misión de bienhechora, los limoneros que en anchas espaldas apoyan sus vigorosas y florecientes ramas sobre los decrepitos muros de la vetusta fortaleza? — Todo el recinto interior de la muralla está cubierto de esos hermosos árboles, que donde quiera que viven, son como un testimonio de salubridad y pureza del suelo donde nacen y del aire en que florecen.

En uno de los muelles del Arno, cerca del *ponte di Mezzo*, llamó mi atención un palacio de esa arquitectura noble y sencilla que caracteriza las construcciones privadas de los tiempos medios de Toscana. — Sobre el dintel de la puerta cuelga un trozo de cadena semejante al *pié de amigo* con que se sujetaba á ciertos cautivos, y debajo la inscripción: *alla giornata*. — Aquella inscripción en letras de bronce, y aquellos hierros parecen encerrar una historia interesante y poética, tal vez dolorosa y amarga. — Sobre las gradas de ingreso al palacio tomaba el sol un mendigo, semejante en actitud y gesto al que en el cuadro de Santa Isabel, de Murillo, cura una úlcera de su pierna. A él me dirigí preguntándole el enigma de aquellos objetos. *Ah, signor*, me contestó en su dialecto toscano con aquella pronunciación nasal y gutural que recuerda los mas cerrados alpujarreños; *c'è veramente una storia interessante assai ma non si sa certo niente*. Y á continuación me refirió lo siguiente: — El jefe de una familia poderosa (la de los Lanfreducchi), vencido en una contienda particular, fué ignominiosamente cubierto de grillos y padeció largos años de calabozo en poder de otro señor enemigo suyo.

La muerte solo calmó en el pecho de este implacable verdugo la vehemencia de su odio. — Sus hijos, mas compasivos, ó que tal vez no tenían iguales causas de resentimiento, dieron libertad al prisionero, mas en el alma de este fermentaba la ira y la venganza; su naturaleza sucumbía á la fuerza de sus padecimientos, pero estos no domaban la indignación de su alma ofendida, y cercano á sus postreros instantes, á poco de recobrada su libertad, hacia clavar en la fachada de su casa los hierros que le habían afrentado, y dictaba aquella inscripción que debia recordar *dia tras dia* á sus sucesores la obligación de vengarla, y que no debia quitarse de allí hasta despues de pagada la deuda y satisfecha la venganza. — Así no se ha borrado la inscripción; aun cuelgan del mármoleo arquitrabe los ignominiosos grillos; mas ¡quién se acuerda ya del sentimiento que allí los puso! ¡quién piensa en satisfacer el rencoroso legado cuyo cumplimiento aguardan!

JUAN GARCIA.

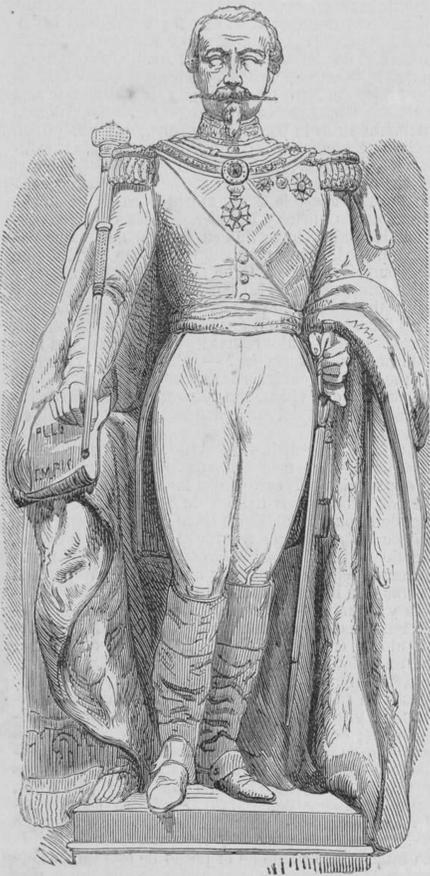
Exposicion de pinturas de 1861.

En la última semana se ha abierto al público la Exposición de bellas-arts en el Palacio de la Industria en los Campos Elíseos. Deseosos de dar á conocer á nuestros suscritores los principales cuadros y estatuas que figuran en las galerías, principiamos hoy una serie de artículos que servirán de explicación y análisis de las obras que nos parezca oportuno reproducir en nuestras columnas.

M. PILS: *Batalla de Alma*. — El vasto lienzo de M. Pils colocado en el salon de entrada, y que representa mas bien un episodio de un ejército en marcha que una batalla, es una de las obras mas notables de la Exposición de 1861. Su composición es franca y está bien entendida, su aspecto es vivo, su colorido excelente. No se debe buscar en esta pintura un sistema de claro-oscuro resuelto de antemano; no reina en ella un colorido dominante, sino un justo acuerdo de tonos locales ligeramente atenuados en aquello que podrían tener de demasiado crudo los colores chillones de los uniformes militares. Quizá para una acción que pasa en medio del dia, este sistema es el mas natural y el mas propicio á la ilusión cuando se trata de reproducir cuadros de batallas; pero al mismo tiempo, bajo el punto de vista pintoresco, es uno de sus inconvenientes; la cuestión merece ser estudiada con detenimiento. Una de las cualidades mas notables del talento de M. Pils es la verdad de actitud, de

movimiento y de fisonomía que sabe comunicar á los soldados que pone en escena. Aquí se nota principalmente en los artilleros que empujan la rueda, en el trompeta que se tiende en primer término para beber agua, y en los zuavos que atraviesan el vado y rodean al general Bosquet con un aire de cariño y un sentimiento de orgullo inspirados por la presencia de su valeroso jefe.

M. HAMON: *El jugador de manos*. — M. Hamon ha sido clasificado en la escuela, llamada neo-griega; pero es



S. M. NAPOLEON III. — Estatua de M. Ottin.



EXPOSICION DE 1861. — LA BATALLA DE ALMA. — Cuadro de M. Pils.

go que presenta la escena, quiere ver si es de buen ley el texto del rótulo, encontrará con asombro estas palabras: *¡Muerte á los ratones; polvos para limpiar!* Pongamos ahora en duda el helenismo del autor. — En el otro extremo del cuadro hay un filósofo leyendo un manuscrito cuyos caracteres mucho mas menudos podrían quizá ser griegos; pero esta vez se trata de unos garrapatos que nadie podría descifrar. En los trajes y en la idea se pueden hallar iguales anacronismos; pero

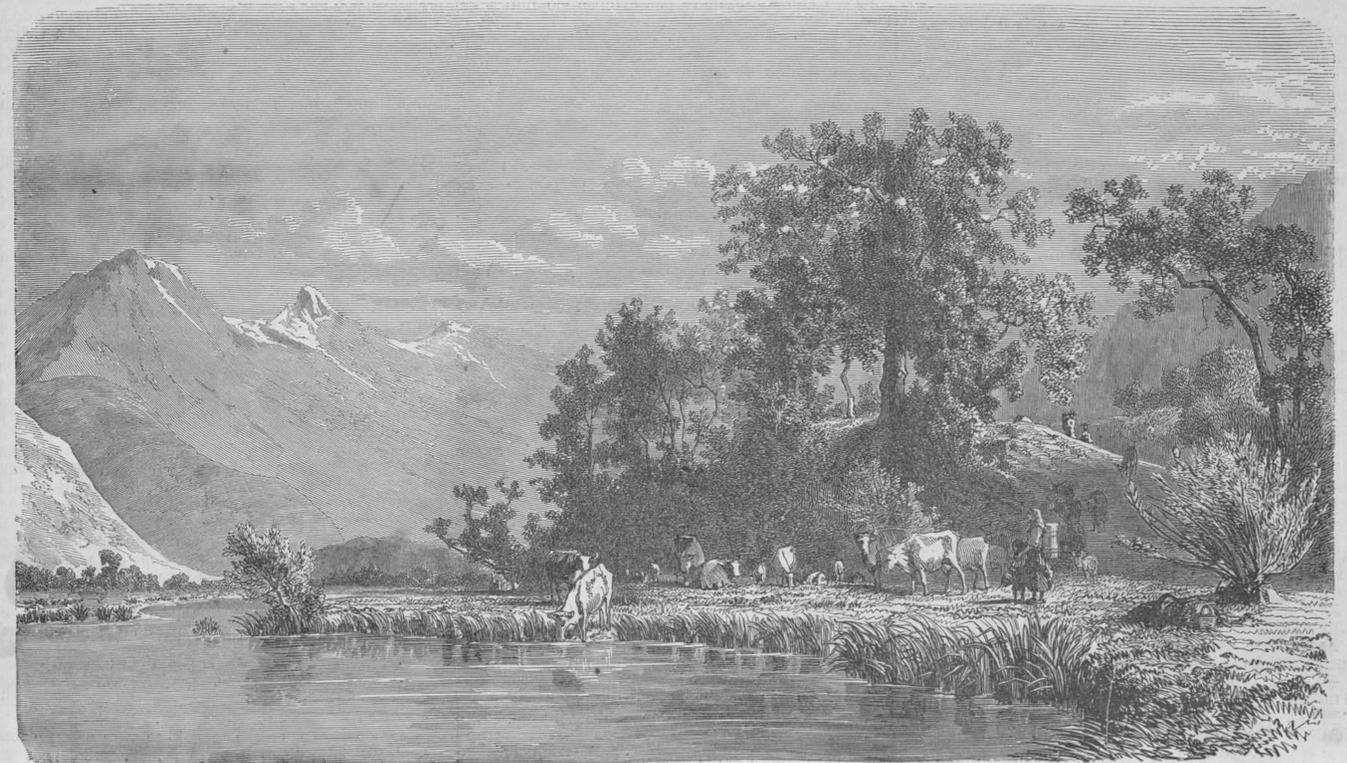


S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA. — Estatua de M. Barre.



EL JUGADOR DE MANOS. — Cuadro de M. Hamon.

preciso restarle un puesto separado, en atención á que se complace no en lutar, sino en falsificar griego, con plena conciencia de estas falsificaciones. Su musa es una musa capriciosa que se calza el otirno y se pone una papalina de encaje. Se arregla de manera que nada puedan decir los arqueólogos hombres de mal humor, que á ejemplo de los gramáticos — *grammatici certant*, — nunca están de acuerdo entre sí, aunque no por eso son menos implacables con los solemnes de erudición clásica que creen descubrir en una obra de literatura de arte. Así es que les ve llegar sin inquietud y riéndose para sus adentros, está hábilmente segura de escaparse de su rula. Aquí, rebigracia, en el cuadro de ese jugador de manos que está leyendo su habilidad con de Atenas (ó de Carto si se quiere), se ve un rótulo de hermosas letras vaciadas. Si algún miembro de la Academia de inscripciones y bellas letras, atraído por ese aire de griego



ENTRADA DEL VALAIS, TOMADA DEL BOVERET. — Cuadro de M. Karl Girardet.

¿qué importa? La musa medio antigua medio moderna de M. Hamon, no es al cabo y al fin tan mala consejera, cuando el público se muestra aficionado á sus invenciones.

Esta vez, sin embargo, no hay sutileza misteriosa en la escena del jugador de manos que aquí reproducimos: nuestro hombre levanta los cubiletes y cambia una nuez en un grueso escarabajo. Por supuesto tiene su concurrencia ordinaria compuesta de ociosos, de mujeres y de chiquillos. En el corro se ve á una cocinera que llega de la plaza donde acaba de hacer sus provisiones; también hay cortesanías, que en Atenas como en todas partes son generosas, por lo cual una de ellas deja caer una monedilla sobre la pandereta que le alarga una anciana repugnante, y conocida ya, porque también era la encargada de recoger las limosnas en el cuadro del teatro de las Marionetas. Quizá Aristófanes, envidioso de Sócrates, que iba á sentarse en los bancos en medio de los niños, denunciaría la empresa á los arcontes y haría cerrar el teatro. Hasta me inclino á creer que el pobre Sócrates ha bebido ya la cicuta. El que movía las marionetas, que se ha convertido en jugador de manos, no tiene el aire alegre, á pesar de sus esfuerzos para aparentarlo. Hé aquí además los sofistas que argumentan á porfía; y los pedagogos que llevan á los niños á la escuela sin permitirles que se detengan un instante á ver el maravilloso juego de la nuez cambiada en escarabajo. Su disgusto se conoce en sus caras. A decir verdad, que sea griega ó no, esta parte es la mas verdadera del cuadro.

M. KARL GIRARDET: *Entrada del Valais por el Boveret*. — El Boveret es un pueblecillo situado en las márgenes del lago de Ginebra, á poca distancia de la embocadura del Ródano en el lago. La escena, animada con figuras y ganado, está iluminada con esa luz alegre que el artista se complace en derramar sobre sus paisajes de la Suiza, que son otros tantos idilios muy risueños.

M. BARRE: *Estatua de la emperatriz*; M. OTTIN: *Estatua del emperador*. — Estas dos estatuas ejecutadas por dos artistas cuyo talento es muy conocido, están destinadas á adornar la escalera principal del Palacio Real de París.

A. J. D.

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Lord Ravenel pareció sorprenderse con esta doctrina, y se quedó un rato sentado con aire pensativo.

— Sí, quizá teneis razon, exclamó al fin; vuestra Madelina no es para mí, ni para nadie como yo. Un abismo existe entre nosotros... teneis razon...

— Lord Ravenel, repuso John con voz débil, perdonadme si he dicho alguna cosa que pueda ofenderos; sentiria que no nos separásemos buenos amigos.

— ¡Sepáramos!

— Es preciso, al menos por algun tiempo; yo no puedo aventurar vuestra felicidad ni la de mi hija.

— Es verdad... ¡inocente y amable criatura! Dios haga que no tenga jamás una vida como la mia. Ahora, despedámonos.

Se levantó, se acercó á Mrs. Halifax y la dió gracias con efusion por la amistad que siempre le habia manifestado.

— En cuanto á vuestro marido, añadió, le debo mas aun que testimonios de amistad, y quizá se lo probaré un día; si no, conservad un buen recuerdo mio, ¡adios!

John y Ursula se despidieron de lord Ravenel con no menos ternura que si todo hubiera pasado segun sus deseos, y que en lugar de separarse de él, le hubiesen recibido en su casa como á un futuro hijo.

En el momento de salir, se volvió otra vez hácia John y le dijo vacilando:

— Si ella... si la niña extrañara mi ausencia... ella me ama á su modo, ya lo sabeis... decidla... ¿qué la podeis decir?

— Nada; es lo mejor.

— Sí, es cierto.

Nos estrechó la mano en silencio y se alejó.

En mucho tiempo no volvimos á ver aquel suave y melancólico semblante, y todos guardamos religiosamente el secreto de esta última visita.

XV.

Una mañana en el almuerzo, algunas semanas despues de la marcha de lord Ravenel, John dejó caer de repente su periódico exclamando:

— ¡Ha muerto lord Luxmore!

En efecto, así era. Lord Luxmore habia ido á dar cuenta de sus acciones á otro tribunal que el nuestro. Creo que excepto su hijo, no supo jamás cómo habia pasado sus últimos instantes.

John permaneció un rato silencioso con el diario delante de sí.

Madelina se acercó vacilando, y quiso leer el párrafo que anunciaba la muerte del conde.

— No, hija mia, la dijo su padre; pero le oirás leer si quieres.

Mas tarde adiviné la causa de esta negativa cuando oí, á continuacion de la larga lista de títulos que heredaba el nuevo conde de Luxmore, esta mención que habia debido partir el alma de aquel que su hermana llamaba el pobre William.

« El difunto conde era padre también de lady Carolina, casada en 17... con Ricardo Brithwood, esquire, y luego divorciada. »

Y por una singular coincidencia, veinte líneas mas abajo se leia entre los anuncios de los casamientos aristocráticos:

« En la capilla de la embajada inglesa en Paris, sir Gerardo Vermilye, baron, y la jóven y encantadora hija de... »

He olvidado su nombre; lo que sé es que no se habia casado con lady Carolina.

Despues del almuerzo subimos en coche para ir al palacio. John y yo nos habiamos sentado en el pescante, y estábamos tan preocupados con las noticias de aquella mañana, que no pudimos menos de tratar de un asunto que siempre queriamos evitar.

— ¡Pobre Madelina! exclamé, las noticias de hoy parecian interesarle... No sospecha que habrian podido tocarla muy de cerca.

— No, respondió John con aire pensativo.

Y luego me preguntó de repente:

— ¿Porqué has dicho, pobre Madelina?

Me hallé en un apuro para responder. Aquella palabra se habia escapado de mi boca casi á pesar mio, expresion irreflexiva de una idea que hacia poco se habia apoderado de mi mente.

Nuestra imaginacion es muy veloz para exagerarnos lo que vale una cosa que no hemos poseido. Pero ¡hay tan pocos amores castos y sinceros en el mundo! A veces me daba tristeza pensar que nunca Madelina conoceria el amor de lord Ravenel.

Puede ser que mi respuesta se resintiese de mi modo de ver, pues John guardó silencio largo rato; y luego cambiando de conversacion principió á decirme todos los proyectos de mejoras que meditaba y ejecutaba sucesivamente, ya en su fábrica, ya entre sus obreros.

John no habia dejado jamás ninguna cosa para el otro día; su vida entera lo probaba: pero hacia algun tiempo observaba yo, que apenas habia concebido un plan cuando ya le realizaba, sin que su actividad desfalleciera un solo instante.

— John, le dije advirtiéndole mas que nunca esta disposicion, eres seguramente uno de los servidores fieles que el amo encontrará velando cuando venga.

— Lo espero; así deben ser los hombres, y sobre todo yo.

Por el tono con que pronunció estas palabras supuse que queria aludir á su responsabilidad de padre y de poseedor de una gran fortuna. ¿Cómo habria podido ir mas allá mi pensamiento?

— ¿Te parece que está pálida, Phineas? me preguntó de repente.

— ¿Quién? ¿Tu mujer?

— No, Madelina, mi niña Madelina.

Hacia algun tiempo que siempre la llamaba *mi niña Madelina*. Parecia que la queria mas; habriase dicho que velaba sobre ella con mas ternura.

Era fácil adivinar porqué; yo le respondí:

— Desde hace algun tiempo está quizá un poco mas pálida que de costumbre y algo mas pensativa, pero seguramente no es desgraciada.

— No... gracias á Dios.

— Sin embargo, ¿no te has arrepentido nunca del partido que tomaste con lord Ravenel?

— Ni una sola vez, aun cuando me ha costado mucho.

— ¿Y si hubiera sucedido otra cosa... si no hubieras estado seguro de los sentimientos de Madelina?

John se estremeció, y luego repuso tristemente:

— Habria obrado lo mismo.

— ¡Cómo! ¿Habrias podido despedazar el corazon de tu hija?

— Sin duda, si hubiese sido para asegurar la paz de su existencia... Sí, habria despedazado el corazon de mi hija.

John hablaba con el acento de la mas viva emocion: no era probablemente la primera vez que semejante posibilidad se presentaba á su espíritu.

— Phineas, repuso, voy á decirte mi opinion en dos palabras. Reconozco y respeto los derechos del amor, pero ante todo reconozco los del deber. Es cuestion de creencias, y él es un hombre que no me inspira confianza sobre este punto; no le daré mi hija.

Se detuvo aquí, y en su semblante brilló la serenidad de una resolucion firme.

Atravesamos Norton-Bury, donde dejamos á mistress Edwin, y luego continuando nuestro camino hácia el palacio, pasamos por delante de Longfield.

— Todo sigue lo mismo, exclamó John mirando con placer su antigua casa; el inquilino actual la cuida.

— Es verdad, repuse yo. Y ahora me acuerdo, John, Ursula me decia esta mañana, que cuando vuelva Guy y estén casados todos los hijos, desearia acabar sus dias contigo en Longfield.

— Lo sé; siempre ha sido su sueño.

— ¿Lo llamas sueño? A mí me parece una cosa muy realizable. Muchas veces os veo en mi imaginacion como me figuro que estareis en la vejez. ¡Qué pareja tan patriarcal hareis con todos vuestros hijos y nietos en vuestro derredor!

John respondió con un tono extraño:

— No... no... Phineas; quiero decir... no pensemos así en lo futuro... Es una locura, casi un pecado. La voluntad de Dios no es la nuestra. Solo él sabe lo que nos conviene.

No tuve tiempo para responder, pues en aquel instante nos detuvimos delante de la puerta del palacio.

La familia de sir Herberto parecia estar absorbida por algun suceso importante.

No tardamos en saber de qué se trataba.

— ¿Habeis oido hablar de la noticia sobre la familia de Luxmore? preguntó lady Oldtower.

Madelina alzó la cabeza vivamente y aplicó el oido á lo que decian.

— ¿Quereis hablar de la muerte del conde? preguntó John. Sí, la hemos leído en los periódicos.

Trató de cambiar de conversacion, aunque inútilmente.

— No, se trata del conde actual, repuso lady Oldtower; nada semejante he oido en mi vida; si lo que dicen es verdad, su conducta demuestra un principio de locura. ¿Cómo es que siendo tan amigo de vuestra familia no os ha puesto al corriente de todas esas circunstancias?

Parece ser que á la muerte del conde habian adquirido la certeza de lo que recelaban hacia mucho tiempo.

Sus deudas estaban en relacion con sus prodigalidades, y se habia visto obligado á vivir en el extranjero para librarse en cierto modo de los acreedores, cuya ruina habia causado. Eran estos en su mayor parte pobres mercaderes que sabian no podian cobrar sino durante la vida del conde, puesto que á su muerte todos sus bienes debian pasar intactos á su heredero por institucion.

El rumor público no decia si lord Ravenel se hallaba instruido de este estado de cosas, ó si ignorándolo, habia imitado hasta cierto punto el modo de vivir de su padre.

Por lo demás, los acontecimientos subsiguientes hacian inútil toda conjetura.

Pocos dias antes de su muerte, el anciano conde y su hijo habian anulado la sustitucion, y levantado con esto los obstáculos que se oponian á la venta de los dominios de la familia, con lo cual devolvieron la esperanza á todos los acreedores. Este acto hecho, segun se aseguraba, por instigacion de lord Ravenel, no dejaba á este mas que un vano título y la pobreza.

— O poco menos, añadió lady Oldtower; pues para un hombre de esta clase, ¿qué son los dos miserables centenares de libras esterlinas que se ha reservado para librarse de la miseria? ¡Ah!... hé aquí M. Jessop; ya pensaba que vendria: este lo sabe todo y podrá decir lo que pasa.

El anciano banquero entraba muy agitado.

— Sí, sí... es verdad... es verdad, M. Halifax; ha venido á mi casa ayer noche.

— ¡Ayer noche! repitió Madelina.

Pero nadie sino yo observó la emocion de la jóven.

Toda la atencion se hallaba concentrada en M. Jessop.

— Sí, repuso, lord Ravenel ha dormido en mi casa...

quiero decir, el conde de Luxmore; pero ¿de qué le sirve el título ahora? Se ha quedado en la calle... ¡Ay! olvidaba, M. Halifax, que me ha entregado esta carta para vos.

John se fué á la ventana, leyó la carta, y luego permitió que los demás la leyeran.

Hé aquí su contenido:

« Mi querido amigo: sin duda habreis sabido la muerte de mi padre.

» No os escribo sino para deciros lo que de seguro no os costará trabajo creer: que sean cuales fueren las cosas que lleguen á vuestra noticia sobre el estado de su fortuna, yo lo ignoraba todo cuando mi última visita á Beechwood.

» También podeis estar seguro de que en todo lo que he hecho ó pueda hacer, quedarán siempre á salvo vuestros intereses de arrendatario de mi propiedad de Enderly.

» Recibid, etc.

» LUXMORE. »

— Dame la carta, Madelina.

En efecto, se habia apoderado de ella, como lo hacia en general con todas las de lord Ravenel; pero esta vez la devolvió á su padre sin hacer objecion ninguna.

— M. Jessop, ¿qué quiere decir sobre mis intereses de arrendatario?

— ¡Ay Dios mio! Este asunto me da tanto en que pensar, que todo lo embrolla en mi cabeza. Me ha encargado que os diga que se ha reservado una parte de la propiedad de Luxmore, la fábrica de Enderly. Vuestro arriendo dice que será una renta suficiente para él; y de este modo, mientras dure vuestra escritura no os hallareis expuesto á los apuros que os podría suscitar otro propietario. Es un buen rasgo, M. Halifax.

John no respondió.

— Jamás he visto un hombre tan cambiado, continuó M. Jessop. Se ha ocupado conmigo de algunos pormenores, como los de las obras de caridad de que me habia encargado; mi primer dependiente no habria mostrado mas gravedad, mas claridad de espíritu, mas conocimiento de los negocios; luego seguimos hablando y traté, cosa ridícula por mi parte, pues era negocio concluido, traté de hacerle comprender las tristes consecuencias que el acto de anulacion debe tener para él y sus herederos, pero en vano; me respondió que esto á nadie podia perjudicar, puesto que no tiene intencion de casarse. ¡Pobre hombre!

— ¿Aun está en vuestra casa? preguntó John.

— No, se ha marchado esta mañana á Paris, donde darán sepultura á su padre. Se despidió de mí... y... os aseguro que pasó un mal rato.

Y el anciano banquero sacando su gran pañuelo amarillo, pareció resuelto á no decir nada mas del conde y de sus negocios.

La noble y generosa conducta de lord Luxmore, conducta que despues ha encontrado imitadores en nuestra

Pero Isabel se volvió hácia su marido anegada en llanto y exclamó entre sollozos:

— ¡Solos, Santiago... solos!...

— ¡Hágase la voluntad de Dios! dijo el anciano inclinando tristemente la cabeza.

— Nosotros volveremos; volveremos, padres míos, repuso Juana, cuyo corazón se deshacía á pesar de su fortaleza: sí, añadió levantando los ojos al cielo con una expresión radiante é inspirada. Sí, volveremos, y yo os traeré para la puerta de nuestra humilde casa un escudo de nobleza. Y mis hermanos tendrán el dictado honorífico de messires y calzarán espuelas de oro, porque serán armados caballeros.

(Se continuara.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — ¿Qué hay de nuevo? — Nada se ha cambiado. — Siguen las mismas levitas, los mismos pantalones y los mismos chalecos. — Los vestidos campestres adornados con botones de conchitas. — Tres trajes nuevos. — Las carreras de caballos en el bosque de Boulogne. — Tribunales aristocráticas. — El sombrero Luis XIV. — Descripción del figurín de este número.

¿Qué hay de nuevo? ¿Los fracs son mas largos ó mas cortos? ¿Tienen otra forma los sombreros? — Nada se ha cambiado; ni siquiera los *mac-farlane*, que son unos paletós con esclavina mas feos que bonitos. Pero la moda les da cierta actualidad, y los señores elegantes no llevan otra cosa al bosque de Boulogne. Diríase que llevan un capote de cochero.

Por lo demás se usan mucho las prendas de fantasía. Aun se llevan las casaquillas á la Dorsay y las jaquetas en forma de pequeños paletós. Las telas preferidas son los cuadros menudos y los *retors* de mezcla. Estas telas se extienden hasta los chalecos que se hacen de chal redondo y con abertura, de forma derecha, con cuello alto y sin cuello. Para establecer la categoría del chaleco, diremos que los que se llevan con la levita derecha ó cruzada son generalmente de chal, en tanto que los de hilo ó los que son de la tela de los pantalones se hacen con cuello derecho.

Hablemos tambien de las levitas.

Las levitas de poco vuelo y cortas se hacen de paño negro. Una novedad tenemos que señalar aquí, y es la aparición de las levitas cruzadas, cosa que no se esperaba seguramente. Estas se hacen un poco mas largas, con unos faldones cuyo vuelo se calcula para que pueda abotonarse la prenda, pues en ellas se abotonan los tres botones de abajo, dejando ver la camisa y el chaleco.

En cuanto á los pantalones, no han sufrido ningun cambio; siguen teniendo la misma forma. Los de hilo se hacen mas anchos de abajo que los de lana.

La única novedad es la reducción de la banda de los lados, que es hoy una listita no mas, que á veces se figura con un respunte.

Hé ahí todo lo que sé acerca de las modas masculinas; bien poco, como de costumbre.

Mas tarde llegarán los vestidos de campo; pero para esto es menester que el mes de mayo se pronuncie en buen sentido.

Las chaquetillas de pastores se adornarán con botones de conchitas. De antemano aseguro que la innovacion tendrá poco de graciosa. Sin embargo, los periódicos especiales de modas de hombres aseguran que estos botones de conchitas serán mas bonitos que los de ágata, cornalina, nácar ó pórfido, pero no dicen que no se harán añicos con mucha facilidad.

Mientras las modas nos aparecen algo mas claras en el bosque de Boulogne, hé aquí algunos trajes que podrán dar una idea de lo que hoy se usa.

Primeramente un traje de mañana en toda la acepción de la palabra, que se compone de un pequeño paletó saco mezclilla adornado con un ancho ribete cosido llano. El pantalón es de la misma tela así como el chaleco. En la cabeza una gorrita rusa de terciopelo negro levantada al rededor. Corbata azul de granadina ó de seda. Guantes de piel de Suecia.

Otro traje de paseo de día cubierto con un ligero sobretodo gris mezclilla. El sobretodo se hace con tres costuras sin ser ajustado. Mangas anchas sin bocamangas. Debajo de esta prenda se lleva lo que se quiere, levita derecha ó cruzada, frac de montar ó frac á la francesa; el chaleco y el pantalón en armonía con el sobretodo.

Otro traje tambien de paseo compuesto de una levita derecha de paño negro rayado con faldones cortos y de poco vuelo. Chaleco y pantalón en armonía con la levita.

En las carreras de caballos del bosque de Boulogne ha habido una elegancia suprema. Los hombres llevaban trajes de hombres, sin las exageraciones de los mozzavetes. Estos últimos cada vez mas excéntricos. Hemos visto uno de ellos que desde la gorra hasta los piés iba cubierto de la misma tela.

Las carreras del bosque de Boulogne tienen una fisonomía diferente de los *steeples-chases* de la Marche. Primero nadie va en posta á ellas, y por esto hay señoras muy elegantes en las tribunas. El segundo domingo brillaban entre otras la duquesa de Maillé, la duquesa de Valambrosse, la marquesa de Querrieu, la condesa de Beurgues, la marquesa de Béran-ger, la marquesa de Jumilliac, la condesa de Aramon, la condesa de Morny, la condesa Walsh, la baronesa de Rostsch-child, la princesa Obolniski, la condesa Simeon, la princesa de Sagun, la marquesa de Gúlfet, la condesa Swiewekowska, la condesa de Ludre, la condesa de Biancourt, madama Pe-laire, la princesa Dolgorouki, dama de honor de la emperatriz de Rusia, la marquesa de Aoust y la linda parisiense María de Solms, que llevaba un sombrero que era una rosa de Bengala.

A la salida general se admiraron algunos carruajes suntuosos guiados á la Daumont, y muchos tiros de *Cloppet* cuyo pequeño *tattersal* está hoy muy en moda, y es muy apreciado

por los sportman que encuentran en él caballos muy hermosos.

Algunas extranjeras llevaban sombreritos de colleras con grandes penachos, cosa muy graciosa en ellas.

La moda anuncia un nuevo sombrero para baños de mar; el sombrero Luis XIV. La Fontanges le llevó sobre su rubia cabellera, y La Vallière no se ponía otro para asistir á las régias cacerías.

Pero advierto que estoy tratando de modas femeninas; es la fuerza de la costumbre.

Vuelvo pues á mi asunto, y concluyo con la descripción del figurín que representa trajes de primavera.

El primero es un traje campestre, que sirve tambien para viajar. La prenda principal tiene la forma de un frac; visto por detrás es el dorsay, de tela de fantasía. Chaleco y pantalón de la misma tela. El chaleco es derecho con chal pequeño y abertura. El pantalón de un ancho ordinario y sin trabillas.

Viene despues otro traje de fantasía, pues en la primavera, lo que mas se varia y se trasforma es el paletó-saco. Esta prenda se lleva mas ó menos larga; se hace de toda clase de tela, y todo ribete le está bien. El que representa nuestro figurín es de casimir azul, y lleva un ribete de seda.

Chaleco y pantalón de lienzo crudo.

Sigue un elegante traje de verano que se compone de una levitita de paño negro cortada derecha y que lleva sobre el delantero una sola hilera de botones.

Chaleco y pantalón blancos de hilo. La forma del chaleco es derecha y sin cuello; pantalón de anchura ordinaria.

Nos queda que hablar del dandy de doce años que completa nuestro figurín. Va vestido de pastorcillo del gran mundo. El paletó, el chaleco y el pantalón son de la misma tela. El paletó corto y derecho tiene la forma de saco por detrás. Pantalón ancho y plegado. Chaleco derecho; y sombrero de paja de Italia.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Los salmones del Rhin.

Las aguas dulces no tienen un huésped mas vigoroso y mas robusto que el salmon, y para eso puede decirse que le toman al mar. Verdad es que esto importa poco; el salmon elige domicilio durante muchos meses del año en el agua dulce, y merece el derecho de ciudadanía en nuestros rios. Por la fuerza de su organizacion, por sus nobles costumbres, su carácter caballeresco y la finura de su carne, el salmon, la trucha y la umbra forman un terceto tan aristocrático como distinguido. Los tres tienen una señal particular, que consiste en un bultito de carne hácia la cola, el cual figura una aleta dorsal posterior. Los tres son hermanos igualmente por su amor excesivo á las aguas puras y rápidas, y su afición á la misma clase de alimento.

La umbra es plateada: la trucha es dorada con matices verdes y oscuros, sobre los cuales la naturaleza ha bordado manchitas encarnadas muy lindas; por último, el salmon posee alternativamente los dos vestidos: en el verano la piel plateada de la umbra le sirve de traje de viaje; y en el otoño el macho toma su vestido de bodas, que con sus matices tornasolados, sus manchas de un carmin vivo y sus reflejos metálicos, se parece á la piel de la trucha aventajándola en su brillo, su finura y dibujo. Solo el macho se permite este lujo, que está indicado solo con tonos pálidos y modestos en la hembra por el tiempo en que deposita sus hijos á miles sobre los guijarros de los arroyuelos cristalinos.

El salmon se casa como sus dos hermanas la mubra y la trucha en otoño, contra las leyes generales que se hallan en vigor entre los peces.

En la época de los amores el macho toma un cuerno (me apresuro á decir que es en la mandíbula inferior), que forma así una especie de pico encorvado dentro de la boca; en ciertos individuos tiene el grueso del dedo de una criatura. Este apéndice desaparece poco despues que el salmon ha obedecido á las leyes de multiplicación de su raza. Todo el tiempo que lleva esta insignia de matrimonio, el salmon se llama *becardo* (en alemán *Lox* en lugar de *Salm*), y su carne cansada, aniquilada, toma un matiz blanquecino que reemplaza el hermoso color que tiene en lo restante del año. Entonces deja de ser un plato delicado.

El salmon entre los peces, como la becada, la codorniz y otras entre las aves, experimenta cada año un irresistible deseo de viajar; abandona el mar y entra en los rios, cuyos afluentes explora, yendo á depositar su progenitura en los puntos bajos de las corrientes de agua que bajan de los montes. Los pescan en los riachuelos á mas de cinco ó seis leguas del Rhin. En el Kinzig, el Schutter, el Murg y el Oos se encuentran con efecto innumerables bandadas de salmonetes, que no se van al mar sino cuando han adquirido en el agua dulce las fuerzas y robustez necesarias para arrostrar las tormentas marítimas. El salmonete es tambien un rico manjar. Le pescan en la primavera por la noche en los hoyos donde le han dejado encerrado las aguas bajas. El salmon es muy valeroso; no conoce obstáculos, y cuando ve cerrado el paso del agua, no teme lanzarse en los aires para salvar la barrera que se opone á su afán de viajes. ¡Cuántas veces no perece víctima de esta maniobra audaz saltando sobre un puente, un islote ó sobre un barco amarrado!

A propósito de estos percances hijos de la temeridad del salmon, voy á contar esta historietita:

Por una hermosa mañana del mes de mayo, al despuntar la aurora, dos aduaneros se paseaban cada uno por su lado por el puente del Gran Rhin. El capote azul claro de uno de ellos manifestaba que pertenecía al go-

bierno francés; en tanto que su compañero llevaba el sombrío ropón verde de los funcionarios del Zollverein. Entrambos pensaban sin duda en las presas de la vispera, y esperaban con paciencia á que la circulación matutina les produjera algun parroquiano portador de cigarrillos, perfumería ú objetos prohibidos ocultos entre la ropa.

Mientras esperaban de esta manera, no muy distantes uno de otro, un soberbio salmon detenido por un barco que tocaba el fondo del agua, se lanza en los aires y cayendo de golpe sobre el puente interrumpe de súbito los sueños dorados de los aduaneros que á una y por instinto se precipitan sobre él. En el momento en que el aduanero alemán iba á tomar posesion clavándole la sonda investigadora, el francés paró el golpe y observó que el animal estaba tendido á través de la tabla que indica el límite de entrambas naciones con estas palabras BADEN, FRANCIA, es decir, que no estaba ni en Francia ni en Alemania, y que por consiguiente ninguno de ellos tenia derecho para apropiárselo.

Una observacion tan justa produjo un acuerdo entre los aduaneros, que estaban allí conteniendo la respiracion y sin hacer movimiento alguno, por temor de que el animal volviendo de su estupor saltase al otro lado. Por último, al cabo de dos minutos de espera, un movimiento del salmon indica que vuelve en sí: el momento es solemne: los aduaneros devoran la presa con sus ojos. Salta el salmon... hácia el lado alemán; pero en el momento en que el Zollverein iba á prenderle, se escapa y va á dar con su cuerpo al lado francés; de otro brinco pasa á Alemania sin que el francés haya podido tocarle de un sablazo. El aduanero alemán se arroja, tropieza y va á pegar contra la balastrada del puente, mientras que el salmon, haciendo un postrer esfuerzo, brinca nuevamente, y esta vez... se encuentra en el Rhin. Los dos compadres de esta verídica historia se miran atónitos, y no pueden menos de echarse á reir al verse burlados recíprocamente. Era lo mejor que podian hacer.

Vuelvo á los salmones en general y á los diferentes modos de pescarlos.

Muchos son los modos que se conocen de hacer esta pesca; fácil es concebir que el hombre pescador y vendedor haya torturado su ingenio para capturar á un animal que tiene un precio tan elevado. La carne de salmon se vende hasta cuatro francos la libra al por menor; por consiguiente, es una presa de alguna importancia la de un salmon de treinta ó cuarenta libras.

Entre los medios de guerra empleados para coger el salmon, citaré estos tres: el *harpon*, la *red cuadrada* y la *red grande*.

El harpon no es de un uso general y solo sirve en los rios pedregosos, en las aguas bajas y claras, donde el hombre se puede acercar á vado al salmon mientras duerme al sol cansado de un largo viaje. El harpon va atado á una larga cuerda que se desarrolla y permite dejar correr al salmon, que en el momento en que recibe en el flanco el acero asesino, hace grandes esfuerzos para escaparse.

¡Ay del pescador que ata esta cuerda á su cuerpo para no perderla! el salmon le arrastraria á algun sitio profundo y le ahogaria quizá, como le sucedió á un molinero de Rastadt.

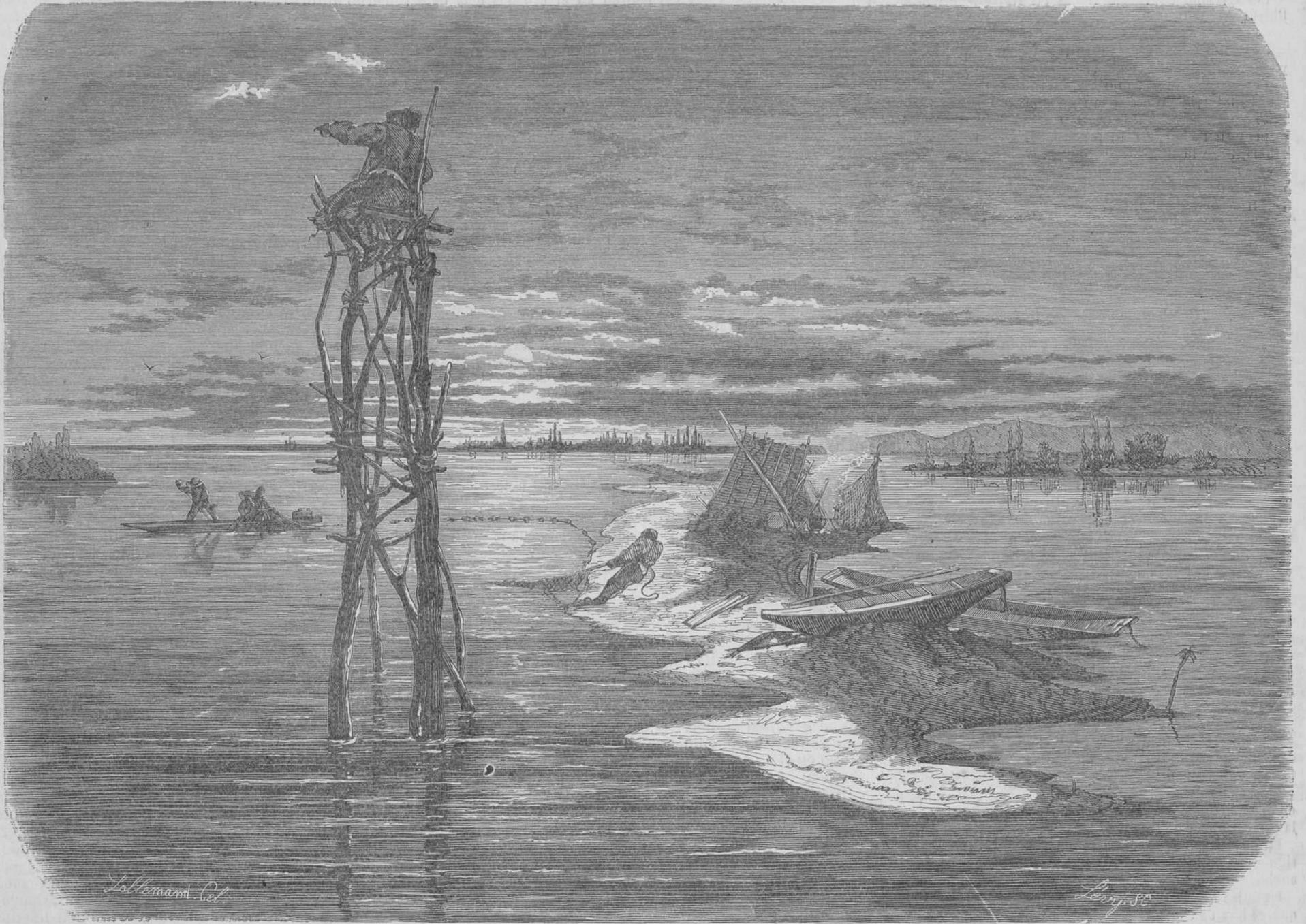
La red cuadrada es un medio que se usa mucho mas para esta pesca. Desde las bocas del Rhin, en Holanda, hasta Basilea, hasta Schaffhouse en Suiza, por todas partes donde se puede disponer un canal por el cual debe pasar inevitablemente el salmon para subir la corriente del agua, se emplea esa red; hé aquí cómo:

La red cuadrada para salmones, de mallas grandes y abiertas tejidas con cuerda, es de una dimension tal que un hombre no puede levantarla. Una ó varias estacas de madera le sirven de punto de apoyo, y el peso de la red está equilibrado con un lastre que se pone en la punta de la vara. Un par de hombres se cuelgan de esta vara para sacar del agua la red que descansa, como he dicho, en el fondo de un canal cuya anchura ocupa. Delante de esta red hay otra cuyas mallas permiten el paso á los salmones, aunque no sin roce, y esta última se halla tendida de modo que ataja rigurosamente el canal. Unas campanillas muy sensibles corresponden á esta red, las cuales advierten al pescador, quien levanta al punto la red cuadrada y coge casi siempre al salmon que hace esa peligrosa travesía.

En el gran puente de Basilea un pescador ha establecido junto á uno de los estribos por donde pasan los salmones una pesquería con red cuadrada, que le ha costado unos 6,000 francos.

La pesca con redes grandes es sin embargo la mas interesante y la mas usada; tiene todas las inquietudes, todas las astucias, todas las alegrías y todas las peripecias de la caza. Por esas hermosas noches de la primavera y del verano, tan bien alumbradas por la luna que parecen dias, los pescadores de salmones desembarcan sobre un banco de casquijo extendido á flor de agua, y que se destaca en figura caprichosa sobre el oscuro rio. Allí establecen un abrigo con lumbre y todo lo necesario para resguardarse de la frescura de la noche. Cerca de este islote y en medio de esas hondonadas que van á morir por un declive casi insensible á las profundidades del rio, y en las cuales el salmon al nadar traza en forma de V unos surcos que iluminan los rayos de la luna, un pescador está de centinela sobre unos palos desde donde su vista alcanza lejos.

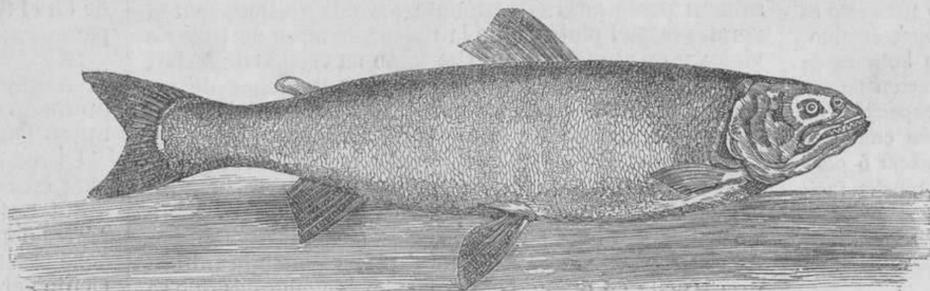
En cuanto el centinela descubre el surco de buen agüero que traza el salmon subiendo la corriente, y juzga que está próximo á las redes, da una señal, y al punto la barca donde está una de las extremidades de



PESCA DEL SALMON EN EL RHIN. — VIGIA SEÑALANDO LA LLEGADA DE LOS SALMONES.

la red se pone en movimiento, cerca al pez que va á dar en las mallas, y le cierra todo punto de retirada. La otra extremidad de la red está sostenida por un hombre que tira cuanto puede, y que á veces la red arrastra y le hace sumergir en la arena hasta las rodillas. Este hombre está en el puesto de confianza que es el mas penoso.

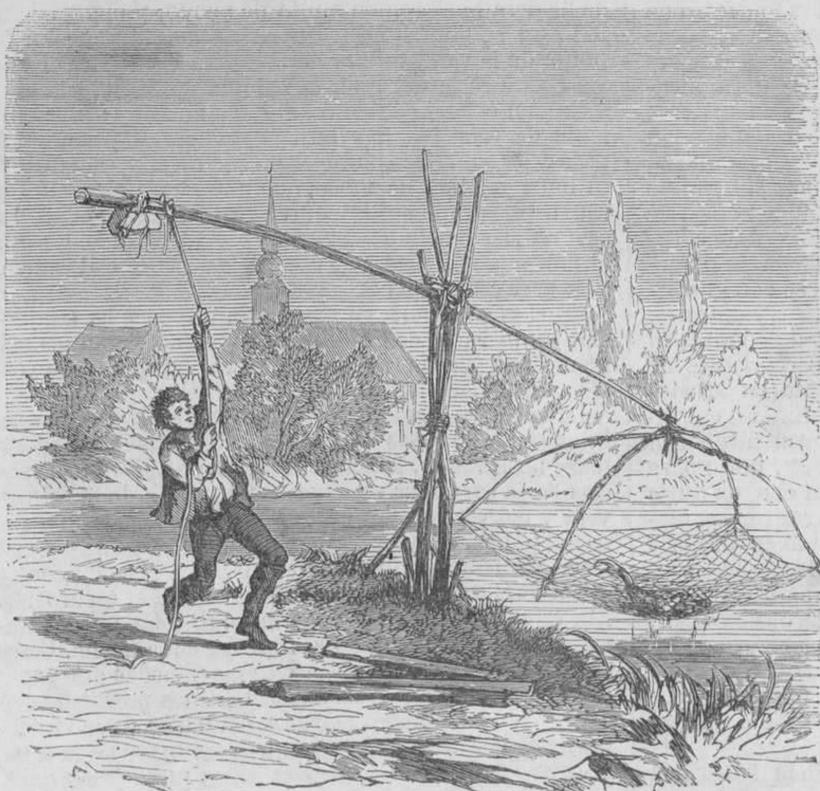
Cuando la barca ha llegado á la orilla, la red forma un semi-círculo



EL SALMON.

uelo. Esta lucha singular concluye con la muerte del salmon, que la recibe á palos ó á cuchilladas, dejando rendidos á sus vencedores.

Cuando las nubes entorpecen la pesca y hacen inútil el oficio del centinela, los pescadores trabajan al acaso; recogen las redes cada media hora para ver si hay algo dentro; pero de todos modos cuando está oculta la luna, esta pesca pierde todo su interés. C. L.



PESCA DEL SALMON CON RED CUADRADA.

que los pescadores estrechan lentamente, atrayendo las redes á la arena á fuerza de brazo. La presencia del salmon ó de los salmones se manifiesta entonces por las cargas que dan para romper las redes. En repetidas ocasiones rompen las mallas y los cautivos se libertan. Sin embargo, no es lo regular; el salmon enredado llega á tierra firme, donde se empeña otra lucha en estenuevo campo de batalla. El salmon emplea entonces su fuerza inaudita, y la extraordinaria elasticidad de su espinaza para defenderse de sus agresores, á quienes suele derribar al



PESCA DEL SALMON CON EL HARPON.